

la calle

«La representación del pueblo no puede ser un Comité que manda, sino un Comité que obedece. Aquello, es la dictadura.»

REVISTA GRÁFICA DE IZQUIERDAS

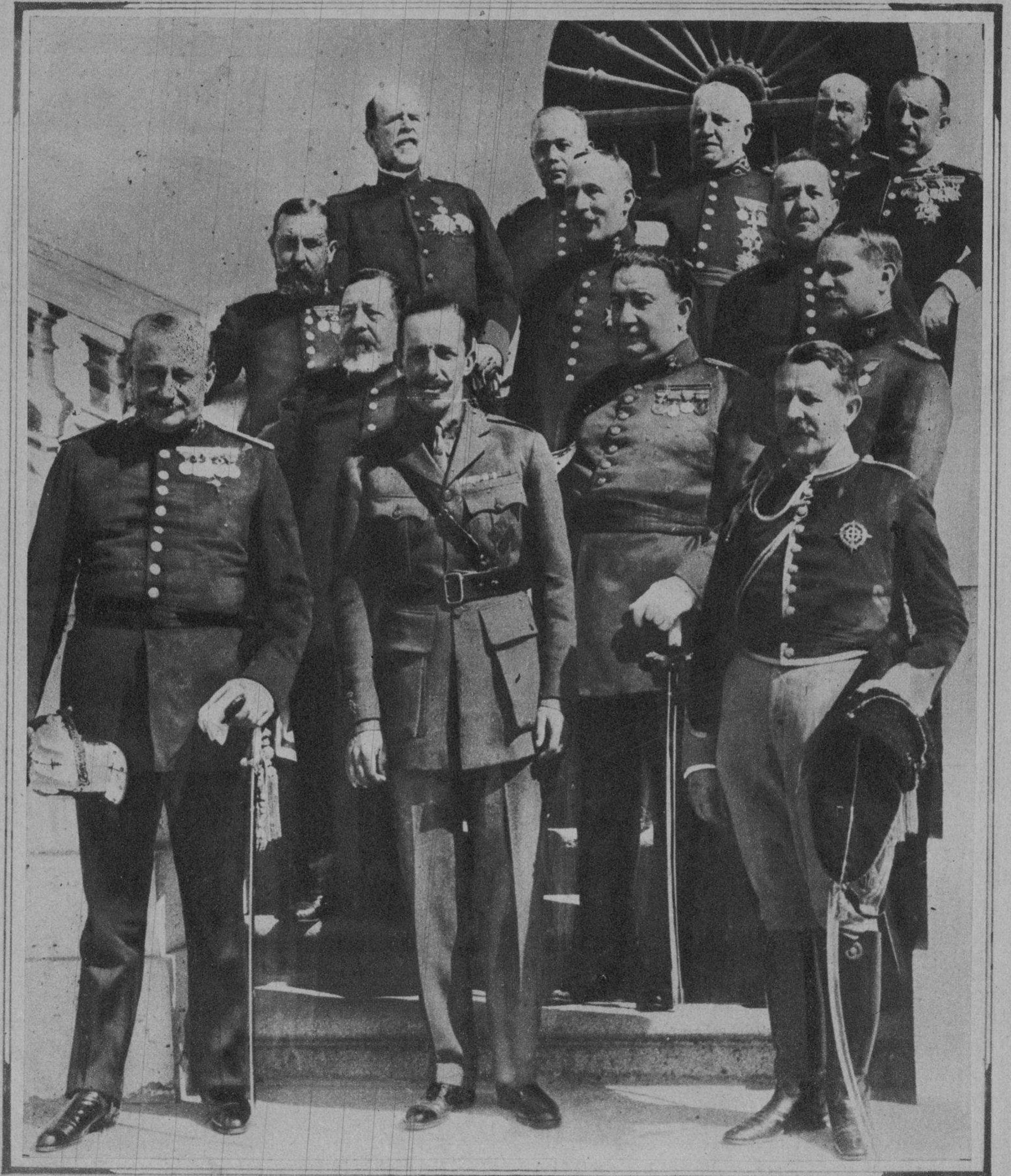


LA HUELGA DE BARCELONA

¿Qué resta de la huelga general? Esto: la sangre derramada, los presos, el daño a la República, ese muerto tendido en mitad de la calle...

EL PRIMER DIRECTORIO...

LA LIQUIDACION DE LA DICTADURA



Primo de Rivera, muerto, Don Alfonso destronado y convertido en turista internacional, y el resto de los generales, detenidos por orden de la Comisión de Responsabilidades. Hace ocho años, justos... Para verdades el tiempo, y para justicia el Pueblo

Un poquito de sensiblería Esplendor y ocaso de D. Galo Ponte

Si hay un hombre que se ha ya metido con el Derecho, este hombre es Galo Ponte, ministro de "Justicia y Cultos" del "Gabinete civil" de Primo de Rivera. En la "Gaceta de Madrid" hizo trizas las leyes, vulneró los códigos, operó sobre la simbólica balanza de la Justicia, torciendo el fiel, inclinando los platillos a capricho del dictador.

Ahora, este hombre que fue detenido para ser juzgado, ha sido puesto en libertad provisional. De aquel Galo Ponte que fue un ginete tonto sobre un caballo loco—el de su desaprensión inaudita—, resta exteriormente un viejecillo sin ninguna gallardía.

La figurilla lamentable que ha salido de la cárcel en libertad provisional, ha traído sobre sí la capacidad sensiblera de las gentes. Y conviene dejar bien sentado que sensiblería no puede ya querer decir impunidad. El pueblo generoso, no puede olvidar, por generosidad excesiva,



Don Galo Ponte, en plena dictadura

que este vejete encarcelado mereció cien veces ir a la cárcel.

Nuestro respeto para el viejo enfermo. Pero respetemos, ante todo, a la Ley; a la Ley violada, estuprada, corrompida, por don Galo Ponte, cuando don Galo Ponte disponía de la "Gaceta".

La Ley no puede ir más allá de la muerte, ni quizás más allá de la enfermedad. Pero no se trata de juzgar a los muertos y a los caducos, como tales, sino a la gestión que realizaron cuando estaban en pleno ejercicio de las facultades que se apropiaron y (aunque ahora, por las enormidades cometidas, no lo parezca) en absoluto disfrute de su salud mental.

Para dictar su sentencia, la Ley no puede detenerse ante los sepulcros ni ante las fronteras; aunque la ausencia, o la muerte, o la caducidad, no permitan ejecutarla. Pero indultar antes de condenar sería una indigna sensiblería.



Don Galo Ponte, al salir de la cárcel, en libertad provisional



Es doloroso que el Galo Ponte de hoy deba pagar las deudas contraídas por el Galo Ponte de ayer. Pero si no fuera condición sustancial del ser humano recoger al fin de la vida lo que en la vida siembra cada cual, no se realizaría, en ocasiones, el esfuerzo de ser honesto.

Respetemos, sí, a los viejos. Pero sin olvidar que los picaros también envejecen.

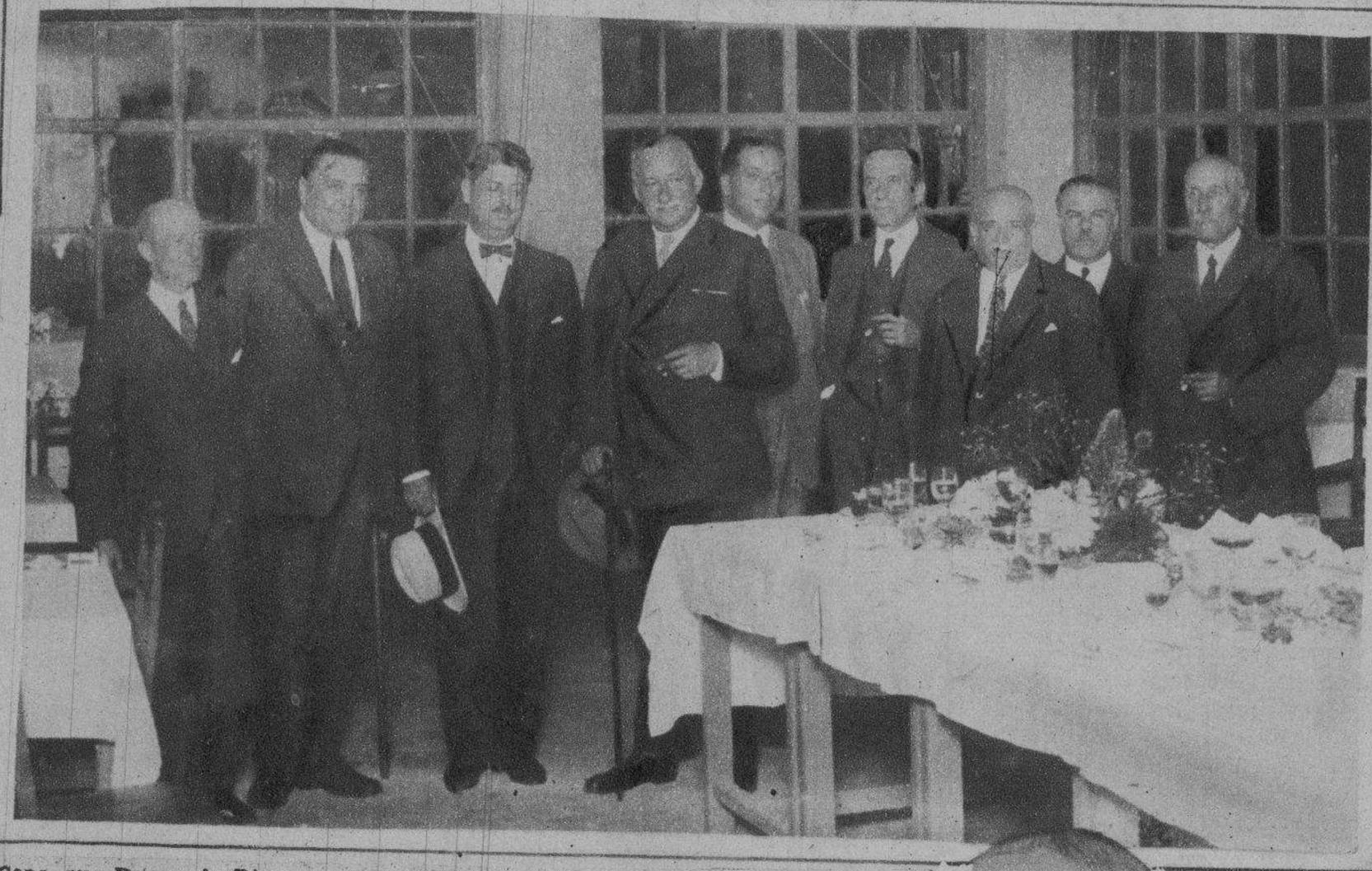
Domingo de FUENMAYOR

Bandas, plumas, condecoraciones... Los Príncipes de la Iglesia y los Príncipes de la Milicia, mediatizados, rendían su homenaje al más funesto ministro de la dictadura

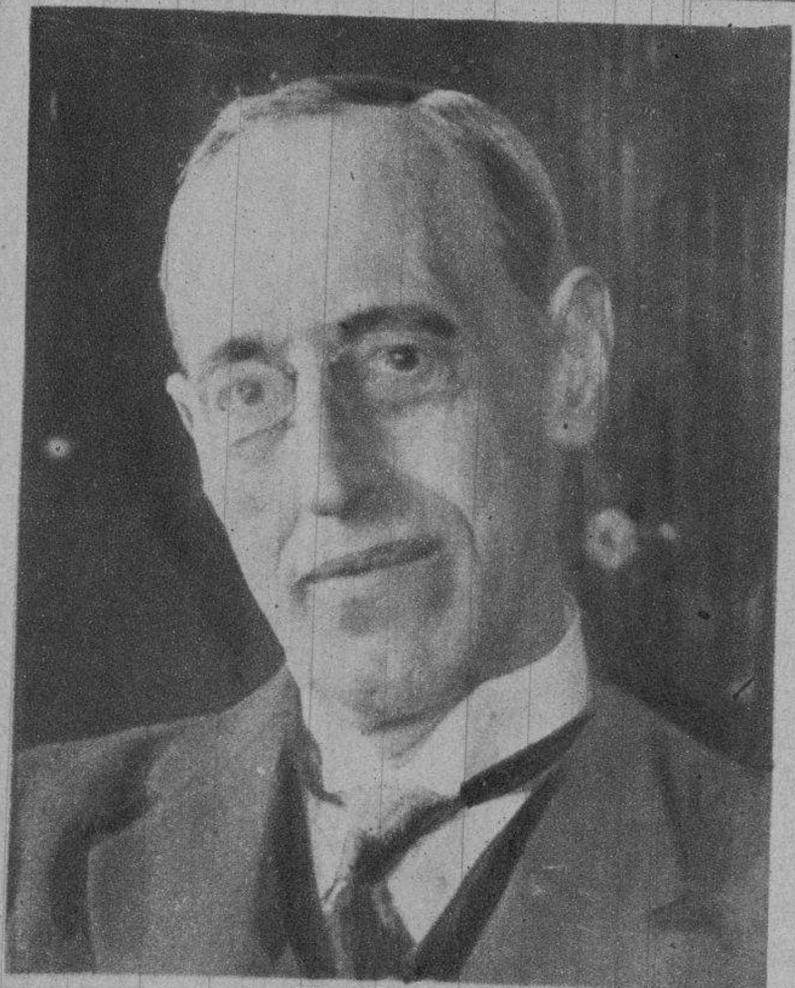
LA FRANCACHELA

El ministerio civil de la dictadura

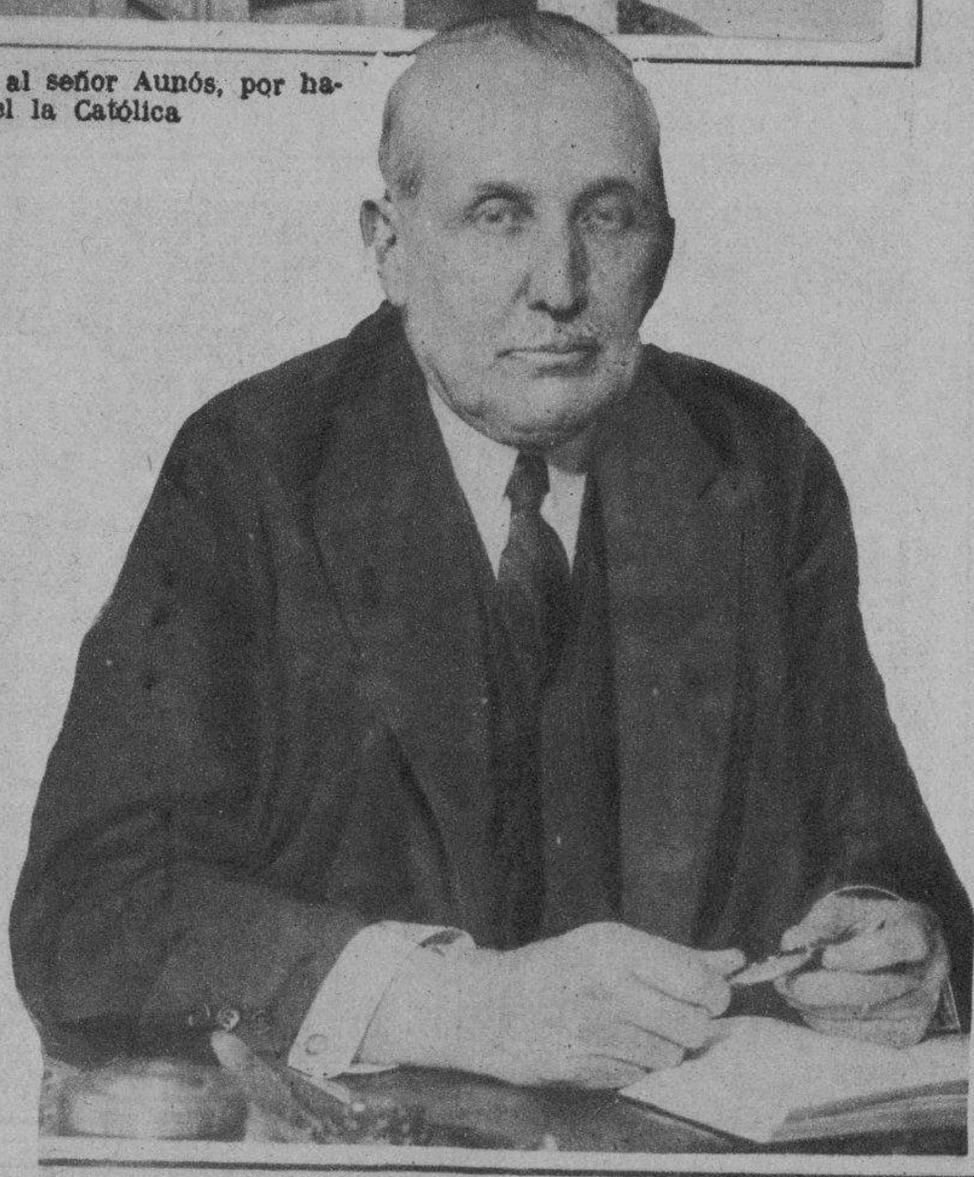
He aquí el Gobierno de «asistentes» que creó Primo de Rivera. Acaban de comer, y en sus caras hay la sonrisa de los hombres felices, que creían no tendría término ni el poder ni la mesa puesta



Cena que Primo de Rivera y sus ministros ofrecieron al señor Aunós, por haberle sido concedida la gran cruz de Isabel la Católica



El último ministro de Economía, de la dictadura, señor Castedo, que ha sido detenido



El almirante Magaz, vicepresidente del directorio, que ha ingresado en Prisiones Militares

la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cataluña, 9. :-: Tel. 14.160

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

LA HUELGA ABSURDA

LA huelga general de Barcelona es idéntica a la huelga general de Sevilla, de Zaragoza, de Gijón, de Bilbao, de Cartagena... Sevilla + Bilbao + Gijón + Zaragoza + Barcelona = 0. Este cero es la inanidad de esos movimientos sin finalidad y sin plan, convulsiones en las que el proletariado va dejando su sangre y sus esperanzas. ¿Qué pedían los directores de la huelga de Barcelona? La libertad de los presos gubernativos, ¿Cuántos eran? Nueve. ¿Cuántos detenidos hay ahora? Doscientos cincuenta, más los muertos, más los heridos.

La organización obrera se quebranta, mientras la burguesa se robustece. En las luchas sociales, como en las prácticas, no cuentan más que los éxitos. Y los repliegues estratégicos, serán, como en la guerra, derrotas encubiertas a las que se aplica el eufemismo de una frase. Y es que para que una huelga general triunfe, precisa que en ella intervengan todas las voluntades enardecidas, uniéndose corazones y brazos, como en una revolución, pero, también, como en una revolución, no se logrará el triunfo, si el ambiente no es favorable, porque una minoría, por audaz que sea, no rompe la presión del ambiente hostil o indiferente.

¿Por qué haber dado esa batalla perdida en Barcelona? Hay cien maneras de obtener la libertad de nueve presos gubernativos. La Prensa, el mitin, la manifestación, la apelación al pueblo, la demanda a las Cortes, todos son caminos que llevan a la libertad de los presos gubernativos. Pero el camino de la huelga general, no, porque la huelga general, hasta ahora, no tiene más que la bifurcación del cementerio y de la cárcel.

La República debía recibir otro trato de los sindicalistas. Han visto cómo se dispersaban los sindicatos libres y se abrían y robustecían los sindicatos únicos. Las cárceles se abrieron para los presos sociales y las fronteras a los emigrados. El mitin tuvo libertad completa y la manifestación y la Prensa, aun cuando la crítica injuriosa llegase a términos insólitos. El Somatén fué disuelto. Martínez Anido ha sido baja en el ejército. Los terroristas blancos son perseguidos. Todo esto ha de contar. Todo esto no podía lograrse más que con la República.

Llegada la huelga general tumultuaria, la República no ha cerrado los sindicatos, no ha detenido a sus directivos, no ha suspendido sus periódicos, no ha llenado de ametralladoras las calles, y ha comenzado a poner detenidos en libertad a los tres días de normalidad. Esto, también, ha de contar. Esto bien vale el respeto a la República.

DE COMO SE HACEN REVOLUCIONES

LA REVOLUCION ALEMANA DE 1918

EL Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados de toda Alemania, celebrado en Berlín entre el 16 y el 21 de diciembre de 1918, a pesar de la táctica demagógica de los espartaquistas, encabezados por Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, expresó por una mayoría aplastante su confianza al Gobierno provisional con Ebert en la presidencia.

Liebknecht y sus partidarios insistían en la inauguración inmediata del socialismo íntegro, sin preguntarse si el pueblo alemán lo deseaba. Ya en la primera sesión del Congreso formularon el programa siguiente:

- 1) Alemania se transforma en una República socialista.
- 2) Todo el Poder pertenece a los Consejos de Obreros y Soldados.
- 3) El Gobierno Ebert-Haase cesa de existir.
- 4) Inmediatamente será formada la Guardia Roja.
- 5) Un llamamiento a todos los pueblos con objeto de fomentar la revolución social en el mundo entero, se dirigirá por el Comité Ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados.

"Excusez du peu!" — como dicen los franceses—. ¡Perdón si eso le parece a usted poca cosa! Tan sólo el socialismo íntegro—¡y eso de la noche a la mañana!—.

Huelga decir que la enorme mayoría de los delegados se pronunció contra el "programa" de los espartaquistas. Al día siguiente, Liebknecht recurrió a una "mise en scène" de gran efecto: en plena sesión del Congreso aparecieron en la sala unos treinta soldados con emblemas y banderas, declararon ser delegados de treinta regimientos e insistieron en la adaptación inmediata del programa espartaquista.

Por fortuna, el Congreso no se dejó intimidar. Más tarde, la mesa del Congreso constató que una buena mitad de dichos "delegados" no habían sido encargados por nadie; además, varios regimientos protestaron públicamente contra los presuntos "delegados" y sus exigencias. La enorme mayoría del Congreso confirmó el Poder del Con-

III

P o r N . T A S S I N

sejo de los Encargados del pueblo, o sea del Gobierno Ebert-Haase, hasta la convocatoria de la Constituyente.

Los espartaquistas, fieles a las directivas de Lenin, proclamaron que la Constituyente es una institución contrarrevolucionaria, y abogaron en favor del sistema soviético. En torno a este problema hubo en el Congreso discusiones en extremo apasionadas.

Ebert, Scheidemann y algunos otros "leaders" de la socialdemocracia alemana se empeñaron en demostrar que la única salvación consistía en la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente, en la cual se hallarían representadas todas las clases y grupos, y que, por lo tanto, se contraría capacitada para acabar con el caos existente, dotar al país de una Constitución y consolidar la unión nacional. Los Consejos de los Obreros y Soldados expresaron tan sólo la voluntad de una parte del pueblo, pero no del pueblo entero. La dictadura del proletariado, con la cual sueñan los espartaquistas, sería, como cualquier otra dictadura, una gran injusticia social, un instrumento de opresión para las demás clases, para la verdadera mayoría del pueblo alemán.

Después del debate, que a veces revestía un carácter muy vehemente, el Congreso se pronunció, por 405 votos contra 43, en favor de la convocatoria inmediata de la Constituyente. Las elecciones fueron fijadas para el 19 de enero de 1919.

* * *

No por ello pensaron ni un instante los extremistas en deponer las armas y someterse a la decisión del Congreso de los Obreros y Soldados; es decir, de los elementos en nombre de los cuales Liebknecht y sus amigos abogaban en favor de la dictadura del proletariado.

En toda época revolucionaria es la minoría activa la que reclama mucha más atención que la gran mayoría. Y es preciso contar con ella, aun cuando no constituya más que una ínfima parte del pueblo; apela, no a la razón, sino al sentimiento, y con frecuencia explota las peores pasiones, los instintos más primitivos. Aprovechando la pasividad de los elementos sensatos, los extremistas hacen un ruido infernal y se empeñan en imponer su voluntad al país entero, aunque no sean más que un grupo reducido.

Tres días después del Congreso, los espartaquistas, fu-

riosos por su derrota, organizaron una especie de levantamiento de los marinos contra el Gobierno.

Había en Berlín un destacamento de marinos, encargados de vigilar el palacio imperial, en el cual habían sido guardados muchos objetos de arte, en extremo preciosos. Pronto las autoridades constataron la desaparición de numerosos objetos. Todas las medidas que se adoptaron para poner fin a esos robos, resultaron vanas. Entonces, el ministro de Hacienda, socialista independiente Simón, insistió, en una reunión de ministros, en que los marinos fuesen inmediatamente alejados del palacio. Era preciso hacerlo de tal modo que los marinos nada sospechasen y no tuviesen tiempo para efectuar nuevos robos.

Al conocer la decisión ministerial, los espartaquistas se dijeron que era aquella una buena ocasión para excitar a los marinos contra el Gobierno. En efecto, el destacamento se negó rotundamente a abandonar su cuartel provisional del palacio. Entonces, el ministro de la Guerra dió orden a uno de sus subordinados, general Lequís, de alejar a los marinos por fuerza.

Por la mañana del 24 de diciembre, el centro de Berlín estaba lleno de tropas. Algunos destacamentos eran precedidos por los Consejos de Soldados. Corrían rumores de que los espartaquistas habían tomado la decisión de apoyar a los marinos rebeldes y junto con ellos intentar el asalto al Gobierno, compuesto de "social-traidores".

En vista de que los marinos se negaron a rendirse, las tropas abrieron fuego contra el cuartel provisional. Por su lado, los marinos, que disponían de un cañón y unas ametralladoras, respondieron con una lluvia de metralla. Las hostilidades empezaron. Pronto acudieron cerca de 400 espartaquistas armados. Lanzando gritos de "¡Abajo los social-traidores!", atacaron a una compañía de soldados gubernamentales. Aprovechando la confusión general, unos elementos sospechosos penetraron en el palacio, apoderándo-

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE", Plaza de Cataluña, 9, 2.º 2.ª

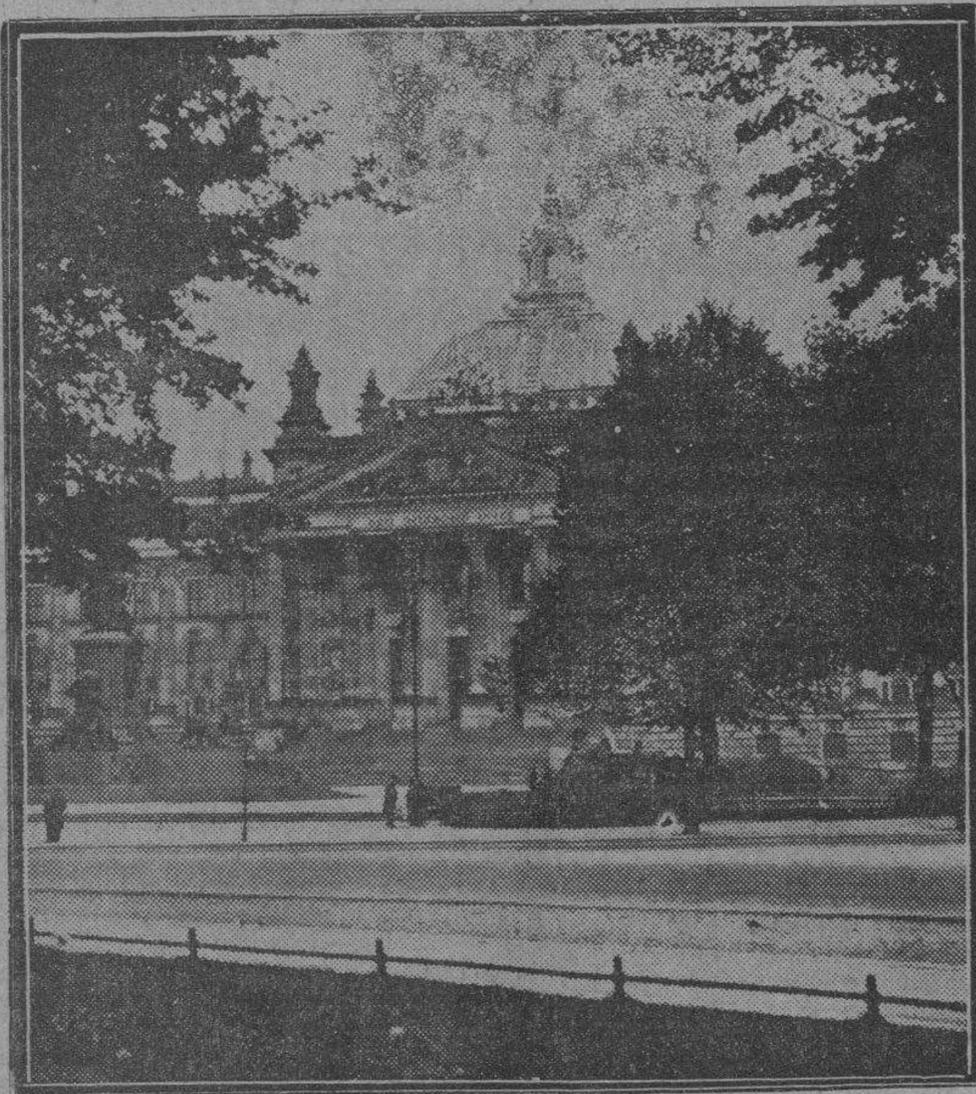
Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos

se de todo lo que les caía en las manos.

Claro está que los marinos, aun apoyados por los espartaquistas, no pudieron resistir largo tiempo contra las fuerzas armadas del Gobierno. La tentativa de derribar a la República "burguesa" e instaurar la dictadura del proletariado con la ayuda de los marinos amotinados, sufrió un fracaso. Cerca de veinte muertos y unos cincuenta heridos constituyeron el precio de esta tentativa.

Los espartaquistas, furiosos por su fracaso, no se cansaban de excitar a la población contra el Gobierno y la República. Durante el día entero se celebraban en varios barrios de la capital mítines antigubernamentales. A la mañana siguiente, que fué la del primer día de Navidad, un grupo de partidarios de Liebknecht se apoderó, valiéndose de la fuerza, del edificio del órgano central del partido socialista "Vorwärts" ("¡Adelante!").

Con mucha prisa consolidaron los espartaquistas la posición conquistada. En las salas del "Vorwärts" se estableció una nueva Redacción, que poco después publicó una "edición especial", en la cual anunció que "el antiguo "Vorwärts", ese reptil de la burguesía, se había transformado en el "Vorwärts" rojo. Cuando el director del diario, Stampfer, protestó contra este acto de violencia, fué detenido y encarcelado. Los redactores fueron expulsados de la Redacción. En tanto, los espartaquistas se apoderaron de varios diarios democráticos (como, por ejemplo, del "Berliner Tageblatt", "Vossische Zeitung"), que defendían a la República, mientras los órganos de la Prensa monárquica y reaccionaria seguían saliendo como antes. Los extremistas de la izquierda odiaban mucho más a los republicanos que a los enemigos de la República. "¡Los socialistas! ¡He aquí el enemigo!", proclamó un día uno de



BERLIN. — EL CONGRESO

los espartaquistas batalladores.

Los socialistas de la fracción independiente, Haase, Dittmann y Bart, se hallaban como entre dos fuegos: entre los socialistas de la mayoría y los espartaquistas. Como todos los partidos que no tienen su propio programa fijo, se inclinaban ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda. Se daban perfecta cuenta de que en aquellas circunstancias "la dictadura del proletariado", al estilo ruso, hu-

biera perdido a la República como otra cualquier dictadura; pero al mismo tiempo tenían miedo de pasar por malos revolucionarios y flirteaban con los espartaquistas.

Cuando estos últimos empezaron una violenta campaña de Prensa y de mítines contra el Gobierno, con motivo de la represión de los marinos amotinados, los ministros de la fracción socialista independiente empezaron a vacilar. En fin, Ebert y los demás ministros de la mayoría les propusieron a los socialistas estas dos cuestiones:

Primera. ¿Están ustedes prontos a defender la seguridad pública y la propiedad del Estado contra los atentados criminales?

Segunda. ¿Están ustedes prontos a oponerse a la violencia, desde no importa qué lado, sirviéndose de todos los medios a su alcance?

Haase, Dittmann y Bart, sin dar una contestación clara a esas cuestiones, declararon que abandonaban el Gobierno. Motivo: no querían compartir la responsabilidad moral por los acontecimientos sangrientos del 27 de diciembre. Hubo otro motivo, no mencionado por los ministros salientes: preveían nuevas luchas sangrientas con los espartaquistas y preferían guardar una posición neutral.

De todos modos, la salida de los independientes del Gobierno era un golpe rudo para la República recién nacida. Perjudicaba al prestigio de la República en el Extranjero y en las masas del pueblo alemán. Lo mismo en Sajonia que en Babiera o en Württemberg, la gente se preguntaba, ¿por qué Haase y sus amigos políticos abandonaron en un momento tan difícil a Ebert y demás miembros del Gobierno? Y sin entrar en pormenores, sacudían la cabeza: ¡probablemente el Gobierno no está a la altura!

A fines de diciembre se reunió en Berlín una conferencia de la "Unión Spartacus". Adoptó integralmente el programa de los bolcheviques rusos, y la "Unión" fué bautizada con el nombre "Partido comunista alemán" ("K. P. D.").

Discusiones apasionadas tuvieron lugar en torno a la Constituyente. ¿Deben los comunistas participar en las elecciones, o no? El propio Carlos Liebknecht contestaba a esta cuestión afirmativamente: sí, deben tomar parte en la propaganda electoral, a condición de pararse en el umbral de la Constituyente; es decir, no tener nada de común con esta institución "contrarrevolucionaria".

Pero el jefe quedó en minoría: por sesenta y dos votos contra veintitrés, la Conferencia se pronunció contra toda participa-



BERLIN. — PALACIO IMPERIAL

POR TIERRAS GALLEGAS

“EL CACIQUE”, AMO MINUSCULO DEL MUNDO

I

Por LUIS DE MONTSERRAT

CORRIA el tren, bajo el sol canicular, entre brinco de montaña rusa, llevando como meta inmediata la cima de las serranías. Porque en Galicia están separadas por ingentes cordones orográficos que es perezoso en la mañana, que las bordes de la vía del ferrocarril o de las carreteras, los poblachos y ciudades se agrupan abundantes, con sus tejados picudos y las láminas de humo erezoso en la mañana, que las hace esfumadas e irreales a lo lejos.

Era asfijante la atmósfera en el coche. Los viajeros, sedientos, fastidiados, vencidos por irresistible soñolencia, tambaleantes por la trepidación de la marcha, dando cabezazos y haciendo ridículos gestos de sorpresa a cada sacudida, íbamos mudos y aislados, después de haber agotado los temas y las frases que vinculan fugazmente a las personas que no se conocen y tienen que soportarse, la mayoría de las veces, aun sobreponiéndose a repentinas antipatías y hábitos antagónicos, en un vagón de ferrocarril, durante un largo trayecto. Yo me distraía contemplando desde la ventanilla el paisaje gallego, viendo por encima de una cuesta, por la cual un automóvil gateaba, la carretera abierta en una curva exterior sobre el abismo y el milagro cristalino del valle extendiendo su competencia de verdes innumerables.

Al llegar a Salvatierra de Miño, pueblo en el que los caciques de Bugallal cometieron

varios crímenes que las gentes recuerdan con horror, subió al tren un grupo de campesinos, labradores flacos, pálidos y tristes, que grababan sin querer una xilografía impresionista. Subieron con sus mujeres dóciles y sus arrapiezos con caras de manzana. Subían presurosos, en desorden, trémulos, con vacilación en la mirada.

Abandoné avergonzado mi coche de lujo y fui a su vagón de tercera clase para oír sus quejas y observar su presencia taciturna. Pronto, cuando el tren reanudó su marcha, se pusieron a entonar coplas de melancólica emoción. ¿De dónde son, a dónde van? Todos eran gallegos, de Arbo, de las Nieves de Punteareas... Iban a Pontevedra para pedir protección al gobernador contra la usura, contra el cacique, que es el mismo del viejo régimen, de la Dictadura, y de la República ahora. Unos protestan suavemente de las iniquidades del cacique de las Nieves, otros del de Puntea-

reas, el «Mafitas», «can de palleiro».

—Es un boticario malo, ruin como una víbora.

—Fue primero de Bugallal; se pasó luego a los agrarios; al llegar Primo de Rivera le nombraron presidente de la Unión Patriótica, y la República a pesar de sus cabelladas, no lo encarceló. Ahí está de gran cacique, de señor, de jefe político.

—¿Cómo se llama?—pregunto.

—Don Antonio Prieto.

—¿Es mala persona, de veras?

—Es peor que mala. Vaya, vaya a Punteareas a enterarse.

—Sí que iré.

—Nosotros nada podemos contra él. Hemos nacido para obedecer y trabajar...

Esa es la ley del campesino gallego; su existencia penosa. Realizan una lucha sin ideales culturales ni ambición civil. Viven la realidad casi de leyenda primitiva.

Ellos son los pobladores de los inmensos latifundios, los «foreros», los humildes arrendatarios de las fincas desiertas. Viven engañados por la prédica de las nuevas teorías y la moderna campaña política de los caciques de Bugallal o del marqués de Riestra. Algunos les han prometido el maravilloso reparto de las tierras públicas y otros, más audaces, hasta realizaron empréstitos para la última contienda electoral. Y los campesinos gallegos siguen todavía esperando el milagro bienhechor. Sin embargo, el tiempo pasa y el regalo gratuito de la propiedad no llega. Ya no queda otra esperanza que la de los propios brazos.

**

Estación de Pontevedra. El tren detiene su marcha. Los labradores se apean. Caminan por el andén de un lado a otro, hablan entre sí, parece que esperan una voz de orden. De pronto aparece un hombre de aire arrogante. Hace señas a la gente y murmura palabras autoritarias. Todos le miran y obedecen. ¿Quién es el personaje misterioso?

He preguntado a un empleado de la estación, y me dice que se trata de un cacique.

El raro sujeto, amo minúsculo del mundo, tiene la misión de intervenir en todas las cuestiones de la vida del campesino, de arreglar sus negocios, de quedarse con sus ganancias. Nada teme, porque goza del privilegio de las personas influyentes y la tolerancia inconcebible de todos los gobiernos. cecible de todos os gobiernos.



LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE “LA CALLE”,
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA



ción en las elecciones para las Constituyentes.

La tarea principal del Gobierno consistía en conducir al país hacia la Asamblea Constituyente, sin tolerar que los extremistas provocasen la guerra civil y fomentasen las luchas fratricidas.

Era una tarea en extremo difícil. Los elementos poco cultos, no animados por el patriotismo y el deseo de apoyar a la joven República en la lucha contra sus múltiples enemigos, no perseguían más que sus intereses egoístas. Por otro lado, no pocos obreros, excitados por los comunistas, presentaban al Gobierno reclamaciones que

nunca se hubieran atrevido a formular bajo el antiguo régimen.

A diario el Gobierno tenía que negociar con varios grupos de obreros que insistían en aumentos de sueldo, a pesar de que el Tesoro se hallaba en una situación muy difícil. En vano Ebert y sus colegas procuraban convencer a los reclamantes de que la consecuencia fatal de reclamaciones semejantes serían el hambre, la crisis económica aguda, la carestía.

El conocido economista Hilferding (hace unos años, ministro de Hacienda), publicó artículos populares, en los cuales se empeñaba en demostrar que ninguna Empresa,

privada o gubernamental, puede existir si los gastos son mayores que los ingresos. En una situación semejante se hallaban, a fines del 1919, o sea apenas unas seis o siete semanas después de la proclamación de la República, numerosas empresas industriales: los obreros trabajaban poco y cobraban mucho. Los comunistas hacían cuanto tenían a su alcance para fomentar conflictos entre los obreros y la administración de las fábricas: se dijeron que en aguas revueltas bien se pesca.

Faltaban tan sólo tres semanas para las elecciones de la Asamblea Constituyente. Y la situación empeoraba a diario. Olía a pólvora. “La Ban-

dera Roja” comunista (el “¡Vorwärts!” ya se hallaba de nuevo bajo la antigua dirección, o sea la de los socialistas) no se cansaba de llamar a la “guerra sin cuartel” contra Ebert y los demás “traidores”. Los comunistas aprovechaban la libertad absoluta, otorgada al pueblo por la República “burguesa”, para organizar contra ella una cruzada.

No hacían secreto alguno de sus preparativos para un levantamiento armado. Como vamos a verlo a continuación, este nuevo atentado contra la República revistió un carácter en extremo dramático, y costó no pocas vidas humanas.

EN 1835

UN MONJE REVOLUCIONARIO DE POBLET SE UNE A LA CAUSA DE LOS LIBERALES

No obstante haber transcurrido casi un siglo, fué tanta la magnificencia e importancia que se atribuía a los abades del Monasterio del Poblet, el Escorial de Cataluña, que la tradición conserva en su integridad las más curiosas leyendas sobre la vida y acciones de aquellos enclaustrados. Agigantados sus actos más sencillos por la imaginación popular, llegan a nosotros convertidos casi en héroes los humildes frailecitos que trasponían el umbral de la "Puerta Dorada", para dedicar su vida al cultivo de la Viña del Señor.

Influyen en esta interpretación legendaria el que sólo formaran la comunidad del Monasterio miembros de familias nobles y acomodadas, los seis mil escudos que cada novicio aportaba en dote y las distinciones que en toda época tuvieron para el Poblet reyes, príncipes y magnates.

El fausto de las solemnidades religiosas que allí se celebraban, visto a través de las místicas y adjetivadas páginas del diario de un monje que encabeza así su manuscrito: "Diario del hermano Miguel, que nació para Dios y vive para El", debía ser de una magnitud sobrecogedora cuando del funeral de un príncipe o prelado se trataba. El "Dies irae", entonado por un centenar de voces graves en la inmensa nave de la antigua iglesia, cuya bóveda multiplicaba los sonidos, arrojándolos sobre el túmulo como expresión sonora de la cólera de Jehová, debía llegar a los oídos de Jaime I, que allí tenía su sepulcro junto a Leonor de Portugal, María de Navarra y Leonor de Sicilia, las tres esposas de El Conquistador.

Y a los oídos del pueblo, el buen pueblo que allí recibía los nombres de Montblanch y Esplugas, también debía llegar el eco de aquellas solemnidades, que recogía y agrandaba, encanzándolo en otro sentido, en el de la leyenda.

Como queda apuntado, no podían pertenecer a la comunidad del Monasterio los

P o r G R A C I A N

que no reunían condiciones determinadas y constituía un inapreciable honor para las familias que uno de sus miembros figurase en ella. A propósito de esto, existe una leyenda, de sabroso remate, que es la siguiente:

una rama nudosa e insignificante. Contempló la manobra uno de los monjes y, llamando al carretero, le obligó a que vertiera su carga en el suelo, comenzando él mismo a escoger entre la leña el mejor tronco. Subió de pun-



ENTRADA AL MONASTERIO DE POBLET

Rodeaban el Poblet por aquel entonces unos frondosos bosques, pinos y encinas, cuya gran extensión permitía a los monjes conceder a los pueblos cercanos el derecho a una carretada de leña diaria para cada uno de ellos, pero con la condición expresa de abandonar, junto a la puerta del Monasterio, el mayor tronco que el leñador llevase en su carga.

Cumplían los habitantes de la comarca la condición sin regateo alguno, hasta que un buen día un carretero de Montblanch, malhumorado o avaricioso, al pasar con su carga frente al lugar determinado, arrojó con desprecio

to el malhumor del carretero hasta convertirse en cólera y ésta le hizo descargar sobre la cerviz inclinada del monje el hacha con que vencía los recios pinos del bosque.

Resultado del suceso fué que en el reglamento de la comunidad se introdujera un nuevo artículo en el que se establecía que ningún natural de Montblanch podía ingresar en el Monasterio. Y del artículo, que las damas de aquel pueblo, cuando sentían en sus entrañas los síntomas de una próxima maternidad, se hicieran conducir en una silla de posta a alguna de las villas vecinas, a fin de que si aparecía varón el vástago,

no se viera privado algún día, por causa de aquella especie de pecado original, del honor de ingresar en la distinguida orden de los abades del Monasterio del Poblet.

Existe un documento, base real de esta leyenda, en el que puede leerse entre sus amarillentas páginas lo siguiente, relativo al pueblo de Esplugas: "hacer todos o cada día dos cargas de leña en el bosque de Poblet; y ni los frailes ni otros por ellos pondrán traba o impedimento alguno siempre que en la puerta de la huerta del Monasterio se abandone el mejor tronco de la leva".

Todos los historiadores y cronistas de la época están conformes en que al iniciarse en 1834 los disturbios que ocasionaron los sanos propósitos de los constitucionales, los monjes del Poblet, ante la amenaza diaria de ver saqueado el Monasterio, abandonaron, aprovechando las noches de los meses de junio y julio, su residencia en pequeñas partidas, prudente y humildemente, como correspondía a siervos del Señor, y trasladando en ellas, a sus posesiones de Valencia y al Monasterio de Piedra, todas sus vituallas y algunas de las innumerables obras de arte que poseían, dejando completamente abandonada su residencia, como pudieron comprobar con gran sorpresa las turbas cuando irrumpieron en el Monasterio, después de haber derribado sus puertas.

Pero la leyenda, alrededor de este hecho, no sólo ha levantado castillos, sino que ha creado un héroe, un héroe sin nombre, altivo y casi revolucionario, encarnado en un monje de aquella comunidad que se supone natural de Reus.

He aquí cómo cuentan los naturales de las comarcas tarraconenses cercanas al Poblet, lo sucedido en el interior del Monasterio durante los meses que antecedieron al de agosto de 1835:

Por reflejo de lo que ocurría

UN REPUBLICANO OLVIDADO

LA CRITICA DEMOLEDORA DE MARIANO DE CAVIA Y SU FE EN EL PORVENIR DE ESPAÑA

ERA, ante todo, periodista, pero un periodista de vuelos tan amplios que levantó el oficio hasta la altura de torres vigías. Ser periodista era, para Mariano de Cavia, vivir en un alerta constante, en una vigilancia perenne, y ver siempre las cosas engarzadas unas en otras, y los sucesos en objetiva perspectiva histórica. No sólo era ver con ojos claros el vulgar acontecimiento de cada día, sino vivirlo íntimamente y extraer hasta la medula la esencia de las cosas para vivirlas dramáticamente.

Y, también, ser periodista era prever, era abocarse en el futuro para abarcar de una sola mirada toda la amplitud de los hechos. Pero esa actividad suya, ese sentido entre irónico y trágico del mundo que hacía ver en él a un legítimo sucesor de Larra, no quitaba, antes alentaba, en él su espíritu finamente liberal y sustancialmente republicano.

La revolución en que él soñaba venía realizándola desde la Prensa, con la tenacidad de su crítica fina y envolvente. Cavia, escéptico y burlón, tenía en el fondo una ciega, fundada, fe en los destinos de España. «—España está dormida— escribía en una de sus cartas a un amigo—; pero sueña»

El peor enemigo que tenía España era, para Cavia, la política. La política española y

P o r J U A N R U I Z

monárquica, que de política sólo tenía el nombre. «Política —dice en uno de sus artículos— no es imposición de

al desnudo toda la intensidad a veces trágica con que esta segunda encarnación de Larra vivía la vida nacional. «A ve-



MARIANO DE CAVIA EN SU LECHO DE MUERTE

criterios; no es imponer una idea a un sector popular; sino precisamente lo contrario: es extraer de un sector del pueblo su inquietud, y concretar sus necesidades en programas viables».

Hay unas cartas de Cavia insertas en un libro de homenaje publicado a raíz de su muerte. Son cartas que ponen

ces —dice en una de ellas— pienso en el destierro. Me iría. No hay un español consciente en quien el espectáculo de esta España «secuestrada» no despierte el mismo deseo de partir».

«Espero —dice en otra carta— que España sabrá sobreponerse. Es más: yo creo que España se va haciendo a sí

misma, rehaciendo, de espaldas a las instituciones que la coaccionan. Esto es realmente lo interesante».

Mariano de Cavia iba con sus artículos—tantas veces demolidores— contribuyendo a la creación de esta nueva conciencia española que había de impulsar y, al fin, de presidir este movimiento renovador que arrancaba, en un «humilde impulso de provincialidad», aquel memorable día de abril, que ya tiene una fuerte perspectiva histórica. También Cavia, como Ortega Gasset, esperaba más del impulso humilde, sencillo, pero coordinado, del pueblo que de los de arriba. «Los pueblos, cuando callan son todavía más terribles que cuando hablan. Porque del silencio no se pasa nunca a la palabra, sino a la acción».

Y hoy ¿quién ha recordado el nombre de este Mariano de Cavia, que, desde la Prensa, había realizado una labor francamente revolucionaria, con su crítica acerba y envolvente, que no perdonaba hombres ni instituciones? Era una imagen anticipada de esta revolución española que antes se había llevado a cabo en los periódicos y en los libros porque ha sido una revolución de las ha sido una revolución de las conciencias.

Conservas VILLARIAS

en el mundo exterior, los enclaustrados del Poblet se dividieron también en dos bandos, formado el primero por los varones graves, y el segundo por los monjes jóvenes, en número de unos diez o doce, que si no gritaban «¡Viva Cristina!», lo llevaban escrito con grandes caracteres en el moquero, que exhibían, simulando la necesidad de usarlo, cada vez que en el claustro se cruzaban con los del bando contrario. No se dice que la cosa pasara a mayores hasta que una noche se vió sorprendida la comunidad por la presencia en el campo de una partida de constitucionales al mando de Manuel Ibáñez, lego enclaustrado de la Compañía de Jesús, que luego ocupó altos cargos políticos, quien se proponía

asaltar el Monasterio. Partidarios de las doctrinas del rebelde, pero amantes, ante todo, de su propiedad, la minoría fomentada por los monjes jóvenes siguió la iniciativa del más resuelto de ellos, y haciéndose de cuantas armas hallaron, subieron a la torre, dispuestos a hacerse fuertes en ella. En vista de esta actitud, se dispuso a parlamentar Manuel Ibáñez, y cuando le fué permitido, después de horrorizar los oídos de los monjes con cuantas palabras sacrílegas halló en su léxico, convino con aquéllos en que abandonarían el Monasterio en el plazo de tres días. Así se acordó y así se hizo, pero durante la comida correspondiente al día siguiente a la noche del convenio, el prior del Monasterio condenó, ate-

niéndose a la regla, al que tomara la iniciativa de hacerse fuertes, a prescindir del segundo plato de vianda. Aceptó el castigo el monje levantisco, pero apenas cruzara en su plato el cuchillo, a fin de que pasara de largo el hermano repartidor, comenzó a recibir de sus compañeros en rebeldía diversos y succulentos platos de los más sabrosos manjares, y como la regla no prohibía aceptar regalos, comenzó a engullir sin faltar a ella.

En un estrado, colocado al final de la mesa, el hermano lector explicaba en voz alta la vida de los santos y los consejos de los Evangelios: «Sé parco y sobrio, huye de los placeres del mundo; la gula es en el hombre uno de los defectos más punibles...»

Al día siguiente, cuando la comunidad abandonaba el Monasterio, no hallaba por ninguna parte al hermano glotón y valiente. Tres días después, aseguran que el párroco de Reus recibía en su casa la siguiente carta:

«Día de la Virgen de Agosto de 1835.

Querido amigo: Mañana salgo hacia Reus, con la credencial de alferez de cuerpos francos, para defender la causa de la Libertad.

Son las once de la noche y desde la ventana del cuarto donde escribo veo a Poblet como arde.

Todo ha terminado.»

Y no cuentan nada más los naturales de las comarcas tarraconenses cercanas al Monasterio.

Fué en un mes de septiembre (el de 1915) cuando pagó su tributo a la tierra aquel gran republicano que, tanto como a la libertad, amó a Barcelona, en donde nació, en donde se forjó su espíritu—fuerte, potente, vertical—y de donde, al morir, se llevó reflejado en sus pupilas brumosas, azul de este cielo incomparable.

Comenzaban a desprenderse de los árboles las hojas y se despedazaban millares de hombres, roncós de griterío patriótico, con las vestiduras y las carnes desgarradas, ciegos de furor, sobre las ruinas que fueron ciudades, sobre la tierra empapada en sangre generosa, caliente y humeante, cuando aquella hoguera que llevara Sampere Miquel sobre sus hombros se debilitaba, se extinguía lentamente...

Ardía Europa en guerra, y de los labios que fluyeron cantos de esperanza, brotaban, crepitantes, imprecaciones que eran como estallidos de cólera, ante la barbarie y la brutalidad y la crueldad.

Amigo de Francia, defensor de la causa de los aliados, aquel soldado de la democracia, fiel a sus principios "de siempre", continuó, aun herido de muerte, al servicio de la causa de la Libertad y del derecho.

En sus últimos artículos, publicados en "El Progreso", Sampere Miquel condenó la guerra, la ferocidad y la implacabilidad teutona, el odioso imperialismo de Guillermo que impuso a Minerva el casco de Marte.

Murió aquel gran liberal precisamente cuando sobre los "Derechos del Hombre" era violada la Libertad.

Sampere Miquel era filósofo, historiador, crítico, filólogo y literato; pero, sobre todo, era republicano. Y no a la manera de estos recientemente acuñados, de los llamados del "14 de abril"—aventureros políticos, trepadores, ambiciosos y codiciosos—, sino como Tutau, como Suñer y Capdevila, como Soler y Plá, como todos los que ponían, en otros tiempos, al servicio de la República, cuanto poseían: sus bienes, su

REPUBLICANOS CATALANES DE OTROS TIEMPOS

S. Sampere Miquel

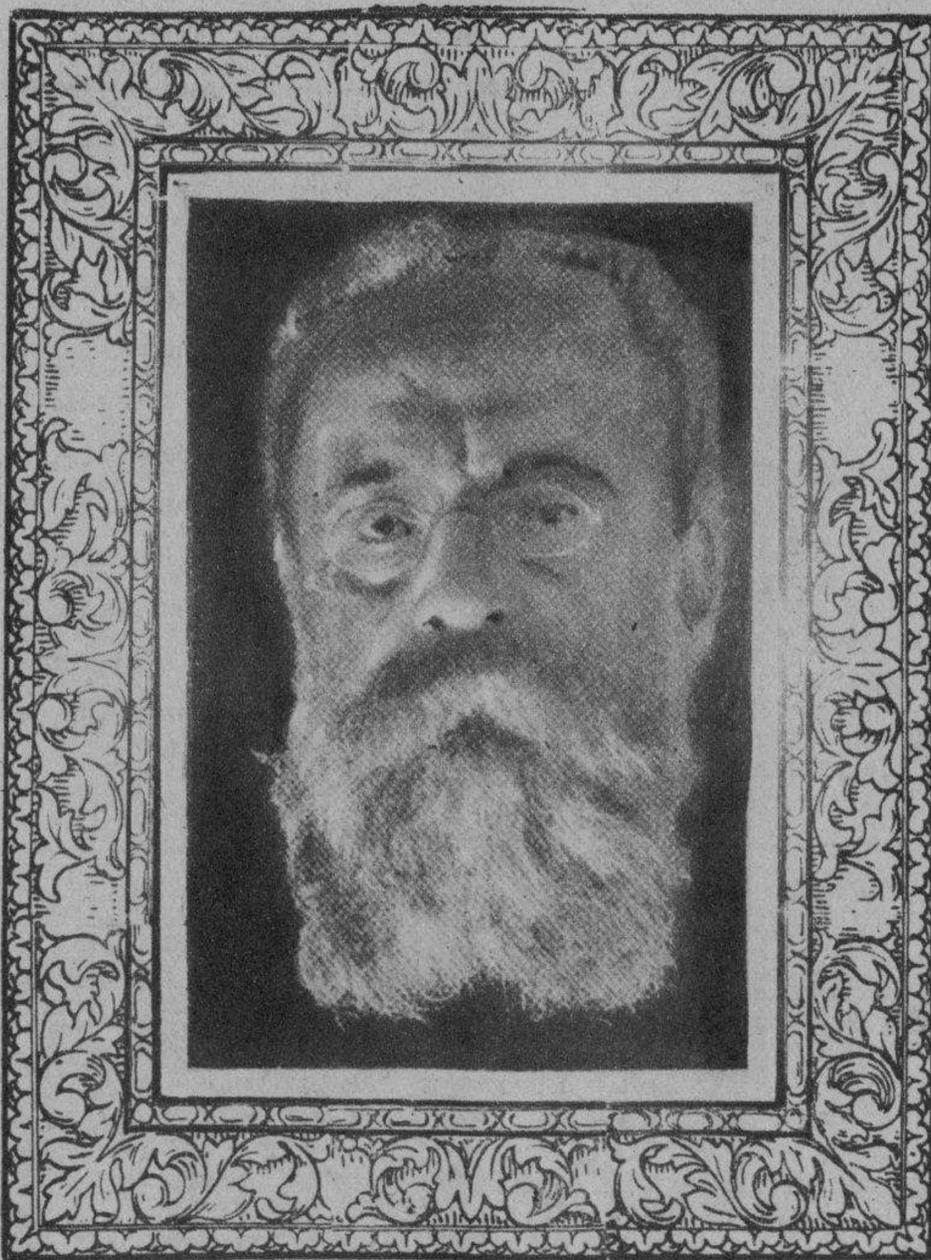
tranquilidad, su libertad, su propia vida.

Presidente de la Junta revolucionaria de Martorell, primero, formó parte luego, en 1868, de la Junta revolucionaria de Barcelona que tantos disgustos ocasionó a González Bravo, como ocasionáralos a Narváez anteriormente.

Gobierno de la Restauración tuvo a bien suprimirlo.

Lo que le valió no pocos sinsabores y quebrantos, de los que le compensó el cuerpo electoral eligiéndole diputado a Cortes en 1870 y 1873, y la alta estima en que le tenían las figuras más destacadas de la República.

Salmerón le prologó el li-



Lanzados, con resolución firmísima, el 63, los republicanos a la revolución, no hubo complot ni intentona en que no figurase Sampere Miquel. Sin cesar, por ello, en sus campañas tenaces contra Isabel II y "sus generales", desde las columnas de "La Independencia", aquel paladín del federalismo que fundó y dirigió, hasta que el

bro "La emancipación del hombre", y Castelar, "La historia del cristianismo".

Entre las obras, de positiva transcendencia, de Sampere Miquel, figuran el "Fin de la nación catalana" y los "Orígenes y fonts de la nació catalana", sin que resulten in-

feriores en mérito aquellas, fruto de sus investigaciones y estudios históricos, que llevan por título: "Costumbres catalanas del tiempo de Juan II" y la "Historia de la Corona de Aragón", así como la "Historia del lujo" y "Los cuatrocientistas catalanes".

Su cultura era tan completa como grande su entusiasmo por los ideales que sustentaba y defendía en todo momento, hasta el extremo de que, habiendo formado parte de la Redacción de la "Gaceta de Cataluña", órgano de la política de Castelar, cuando el insigne don Emilio licenció a sus huestes autorizándolas para apoyar a la monarquía, Sampere Miquel escribió en "El Diluvio" un furibundo artículo censurando acremente la conducta del gran tribuno.

Y es que Sampere Miquel rectilíneo, no transigía con los que claudicaban o evolucionaban. Sobre todas las cosas, sobre el arte y la filosofía, sobre la Historia, estaba, para aquel catalán inquieto y renovador, la República.

La intelectualidad española sabía del valor positivo de quien fué académico de la de Buenas Letras de Barcelona y socio correspondiente de las Academias de la Historia y San Fernando de Madrid y Lisboa; pero el pueblo barcelonés no ignoraba que el mayor mérito de Sampere Miquel era el de su consecuencia política, el de su fidelidad a los ideales democráticos, por cuyo triunfo luchó valerosamente hasta aquel septiembre en que dejó de latir su corazón generoso y de aletear su alma siempre en vuelo ascensional.

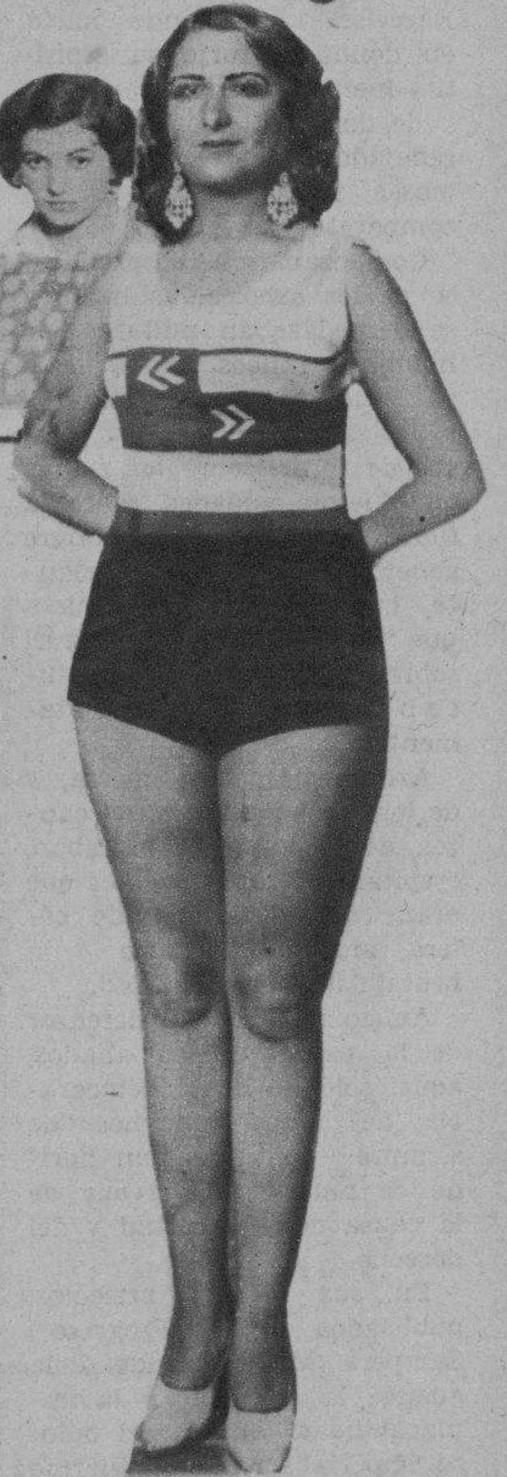
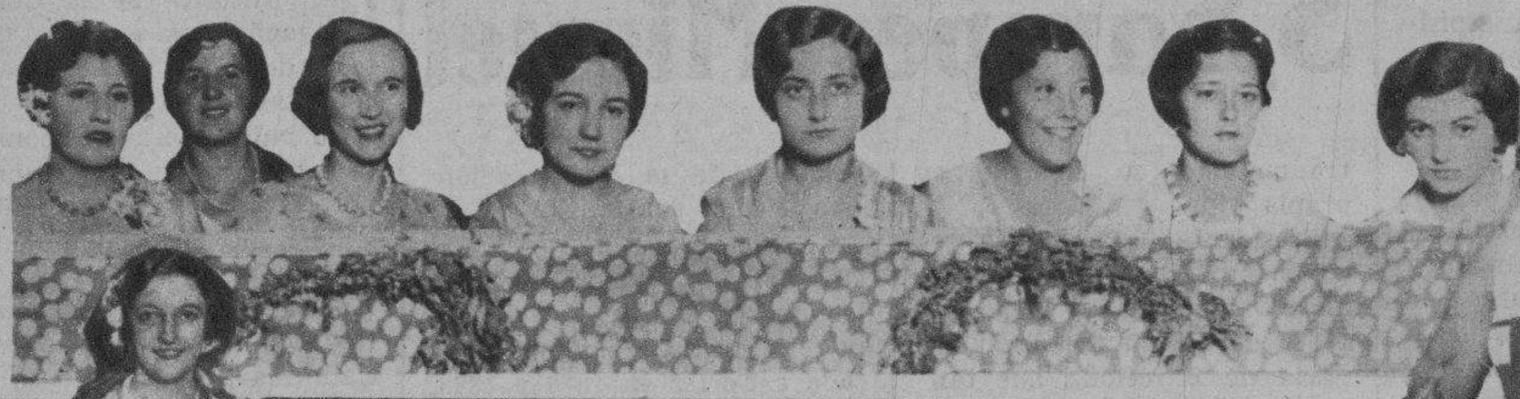
Indiscutiblemente, aquellos eran otros hombres.

Pedro NIMIO

P. S. La "fe de erratas" siempre llega tarde—ha dicho Gómez de la Serna. Y cita el siguiente ejemplo curioso: "Dice "Martínez Sierra"; debe decir "Méndez Bringa". Pues bien, aunque tarde, salvemos la errata origen de las chirigotas que se permitió un "cazador de gazapos". Dice "Napoleón"; debe decir "Nabucodonosor". Y a cada cual, lo suyo.

P. N.

*¡Ja no hay reinas!
Pero chicas guapas vaya si las hay*



En Valencia se ha celebrado una verbena para elegir «Miss Lawn-Tennis Club 1931». Y vean ustedes algunas de las valencianitas que han concurrido a la verbena.-(Ft. Vidal)



Otra pobre «fea», también valenciana: la señorita Paquita Recasens, que ha obtenido el «Premio al mejor mantón». La cual, la verdad sea dicha, no necesita mantón para ganar un premio. — (Fot. Vidal)



La señorita Josefina Llovis—«feilla» ella—, elegida en Valencia «Miss Lawn-Tennis 1931». (Fot. Vidal)

Ya no hay reinas. Ni las de sangre real, ni las de roja sangre. El pueblo, soberano, ha destruido viejos mitos. Pero, sobre los pedestales vacíos, ha colocado la verdadera majestad: la de la belleza; la de la juventud feliz y honesta.

A las «Reinas», han reemplazado las «Misses» y las «Señoritas», y muy equivocados andamos, si no hemos salido ganando. Repasen ustedes las «adjuntas» fotografías y nos darán la razón... si es que no la han perdido de entusiasmo. Que todo podría ser.



Luisita Espinosa, «Miss Escultura 1931». Los comentarios, tengan la bondad de hacerlos ustedes. Nosotros no estamos para nada. — (Fot. Plortiz)

La «Peña Madrid», de la capital de la República, ha reunido en una fiesta a todas las «Señoritas» y «Misses» elegidas en lo que va de año, con objeto de designar entre ellas la «Miss Escultura 1931». La concurrencia femenina, durante la fiesta. — (Fot. Vidal)

LOS HOMBRES DE LA REPUBLICA

EN su despacho de la Alcaidía de Tortosa, don Juan Benet Piñana me cuenta interesantes detalles de la vida de don Marcelino Domingo.

—La primera vez que Marcelino tomó parte en un acto político público—nos dice el señor Benet—, fué el 11 de febrero de 1904. Era, entonces, auxiliar de una Escuela Nacional de Tortosa. El Centro de Unión Republicana organizó un mitin para conmemorar el aniversario de la proclamación de la primera República y en él habló Marcelino, siendo acogido con gran cariño y simpatía. Aquel día dejó entrever sus condiciones de orador fácil. Dos años antes había hecho sus primeras armas en el periodismo, como crítico teatral de "Los Debates", diario de esta población, cuyas crónicas firmaba con el seudónimo "Buenazo".

El año 1906, si no recuerdo mal—sigue diciendo el alcalde de Tortosa—, empezó Marcelino a escribir artículos políticos, que publicaba en "El Pueblo", periódico republicano que dirigía en esta ciudad el abogado valenciano señor Manaut, que vino a reorganizar el partido. Cuando se produjo el movimiento de Solidaridad Catalana, las fuerzas políticas de Tortosa se unieron todas y en las elecciones municipales que se celebraron seguidamente fué Marcelino elegido concejal. Vino después la división del partido republicano de Tortosa, en solidario y antisolidario, y el Centro de Unión Republicana quedó adicto a Lerroux y los solidarios crearon el Centro Republicano Autonomista, adicto a la política de Salmerón, entre cuyos elementos figuraba Marcelino y, con él, los elementos que le seguíamos.

En aquella época, Marcelino era maestro laico de Roquetas, y la Prensa monárquica y clerical de Tortosa le combatía sañudamente, por su actuación como maestro y como político. Ello dió un resultado contrario al que perseguían sus enemigos, pues creció su personalidad y, como consecuencia, se puso al frente del grupo republicano autonomista.

Para contestar a la campaña que se hacía contra él—añade el señor Benet—, Marcelino, que siempre ha sido muy decidido, inició una inabarcable serie de mítines en las partidas rurales y en Tortosa, levantando de tal forma el espíritu republicano y cohesionando tan firmemente las fuerzas de izquierda, que logró la fusión de las dos entidades republicanas, constituyéndose el actual Centro de Unión Republicana. Pero no crea que fué cosa sencilla conquistar al pueblo para la República. Usted ya lo sabe. En unos partidos rurales, al ir a dar los primeros mítines, nos recibían a tiros, en otros a pedradas y, en algunos pueblos, el auditorio se componía de seis personas...

—¿Les ocurrían muchos incidentes de éstos, dado el predominio del caciquismo más escandaloso, en aquellos tiempos?

—Muchos. Pero ni Marcelino ni los que le acompañábamos, por estar identificados con él, nos asustábamos por ello. Un día que había llovido mucho, fuimos a dar un mitin, por la noche, al aire libre, en el Arrabal de Jesús, y Marcelino y

Los primeros años de vida política de don Marcelino Domingo relatados por el alcalde de Tortosa, su inseparable compañero en aquellas luchas

Por JUAN DEL EBR O

rando una hora, después de la anunciada, a que llegara el público, sin que acudiera un alma. Por fin, aparecieron dos payeses y para ellos dos se dió el mitin. En el poblado de Betem, a la terminación de otro, el alcalde pedáneo soliviantó el pueblo contra nosotros y tuvo que salir disparado el coche de dos caballos en que íbamos, y nosotros echados en el fondo, de él, porque nos lanzaron una formidable lluvia de piedras, acompañadas de insultos, para que hicieran más "efecto".

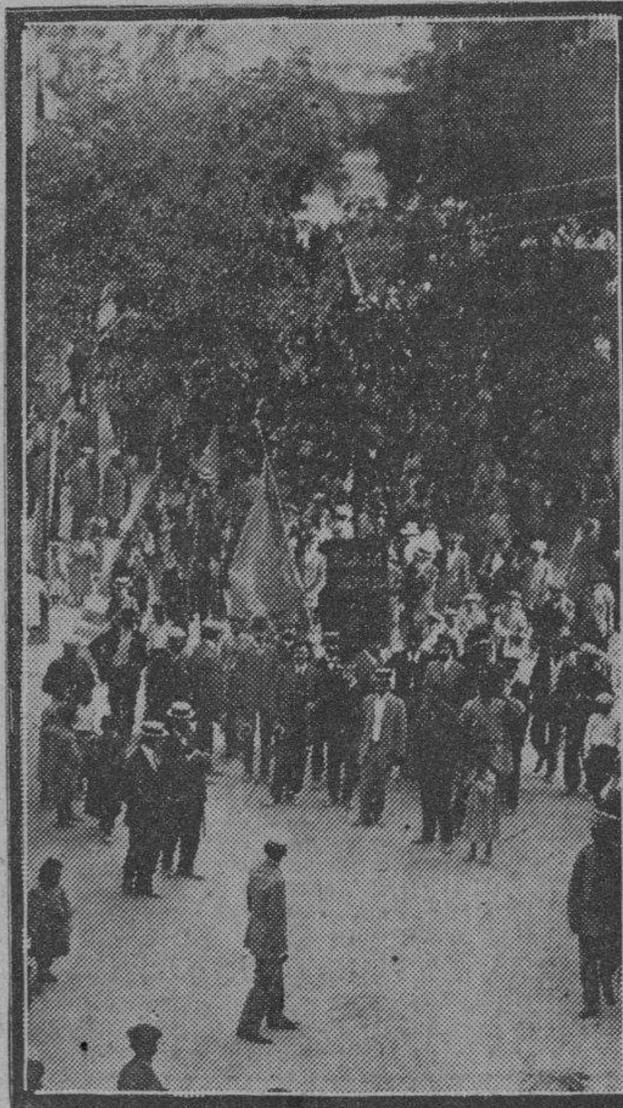
La constancia, la tenacidad con que se desarrollaba la campaña, la verdad clara y escueta que exponía en sus propagandas Marcelino—continúa diciendo el amigo Benet—y, sobre todo, la claridad con que hablaba a las gentes, de las que se hacía entender por la forma y en el fondo, transformaron radicalmente el ambiente de Tortosa, de sus partidas rurales y de no pocos pueblos del distrito. Y así, el año 1910, con motivo de la Ley del "Candado", de Canalejas, se pudo celebrar aquí la primera manifestación republicana, la primera manifestación política que ha desfilado por las calles tortosinas. La manifestación, con banderas y cartelones en los que se leía "¡Viva la libertad de conciencia!", se organizó en el Centro de Unión Republicana y se dirigió al teatro del Balneario. Al frente de ella iban Marcelino y la Junta del Centro. En el teatro se pronunciaron violentos discursos y se leyeron unas conclusiones que, luego, los manifestantes fueron a entregar al alcalde...

Marcelino despertó al pueblo—sigue hablando el alcalde de Tortosa—y se percató el mismo de tal forma de lo que era atropellado y explotado por los caciques, que a últimos de 1913, al nombrar el Gobierno alcalde de Real orden a don Juan Mestres, se rebeló y quemó las casillas de consumos. Y dispuesto a no consentir más el yugo caciquista, al efectuarse tres meses después, a primeros de 1914, las elecciones generales, derrotó

al marqués de Villanueva y Geltrú, eligiendo diputado a Cortes, por gran mayoría, a Marcelino. Entonces, las actividades políticas se desplegaron de modo más violento, por el despecho de los caciques derrotados, acentuándose más aquéllas cuando Marcelino tuvo el campo libre, por haber sido trasladado su padre, que era capitán de la Guardia civil, a Teruel.

—¿Lo trasladó el Gobierno?

—Sí, el Gobierno; pero puede decirse que a instancia suya, porque no pasaba día sin que recibiera escritos y comunicaciones del coronel del Tercio y del general inspector, hablándole de la actuación de Marcelino e incluso intimándole, por virtud de informes del obispo y de algunos elemen-



Primera manifestación pública republicana, celebrada en Tortosa, que presidió Marcelino Domingo en 1914

MOTIVOS

LECCIONES PARA TODOS

CUANDO este artículo llegue al lector serán transcurridos siete días y, acaso, un poquito olvidados los hechos a que se refiere.

Acaba de aparecer en los periódicos de la noche la noticia. La huelga—una huelga incomprendible e incomprensiva—se ha solucionado. ¿Cómo? A estas horas nada sé, nadie sabe nada de esto. Una nota breve, firmada por «La Junta», así, a secas, da cuenta de que la Federación local con los Sindicatos de Barcelona han acordado que los obreros se reintegren mañana a sus trabajos; algunos, esta misma noche.

Y bien. Repasemos un poco lo ocurrido.

Un día se amotinaron los presos de la Cárcel Modelo, los que lo están por cuestiones sociales. Prendieron fuego a unas dependencias. Acude la fuerza pública y los bomberos. Y entre todas logran sofocar fuego y motín.

Ocurre esto, precisamente, veinticuatro horas después de aparecer en la Prensa un manifiesto, firmado por las figuras más representativas y más conscientes de la C. N. T.

Hay que consignar lealmente que ni una línea de este manifiesto significa el menor asomo de claudicación ideológica. Delata la más mínima transacción, representa ni siquiera la cesión de un palmo de terreno conquistado o la renuncia de otro tanto de terreno por conquistar.

El manifiesto de Pestaña, Peiró, Clará y tantos otros, es una afirmación de amor y defensa proletarios, de amor y defensa libertarios, de sindicalismo integral. Y por sobre todo esto, sin detrimento, ni parcial, de nada de esto, es otra afirmación, de serenidad, de visión clara del momento es-

Por FEIJOO Y TORRES

pañol y de la hora universal. Por lo que es, por lo que significa, el documento causa excelente impresión en todos los ánimos. Ofrecese en él una amplia perspectiva de capacitación ciudadana.

Unos cuantos hombres, amigos de los obreros, defensores suyos, paladines de su causa, colaboradores en su lucha, nos apresuramos a exclamar: «El Sindicalismo acaba de demostrar que tiene hombres».

Y a pesar de todo, veinticuatro horas después, el motín de la cárcel; otras veinticuatro horas más, y una huelga general como acaso los viejos recuerden otra, pero nosotros, los jóvenes, no; ni después de evocar aquella del pasado diciembre en Madrid. Transcurren 48 horas más, y la huelga queda solucionada. Repítamolo: ¿cómo? No lo sé; nadie lo sabe aún.

**

Y durante estos dos días de huelga general ¿qué ha pasado? Han pasado pocas cosas. Y las pocas, malas: muertos; heridos; hambre, oscuridad; basura, por las calles más céntricas; aquí, quemándose, hediendo; allá, descomponiéndose, hediendo más y peor. La peste bubónica, allá, a unos kilómetros de la ciudad, y la ciudad con sus pequeños focos

de infección, humeantes o no, llamando para sí la epidemia.

Guardias nuevos, con las caras y las gorras nuevas, auténticos guardias de la República, que no son ya aquellos de los primeros días, que gozaban de generales odios, por actuaciones anteriores, pero que, a pesar de todo, son guardias, sometidos a una disciplina, a un orden, a un deber, a una consigna, patrullando a pie, a caballo, tercerola bajo el brazo, pronta a dispararse, pronta a herir a otro hombre, a otro humano, a otro hermano, porque sí, porque es necesario, porque es ineludible, porque hay momento en que no es la bala la que se hunde en el cuerpo, sino el cuerpo el que busca la bala y estos momentos son así, son de suicidio y de homicidio al mismo tiempo. Porque contra la fuerza es lícito oponer la fuerza, cuando se tiene y es lógico organizar la retirada, cuando no se tiene fuerza. Y lo que no sea esto, o es traición, o es suicidio del que va y homicidio del que manda ir.

El balance no es halagador. Pero contiene enseñanzas; contiene lecciones para todos. Para los de arriba que obran mal, muy mal, adoptando procedimientos desacreditados por arbitrarios: presos gubernativos, procesados sin declarar, sin ser

juzgados, etc., etc. Para los de abajo, porque...

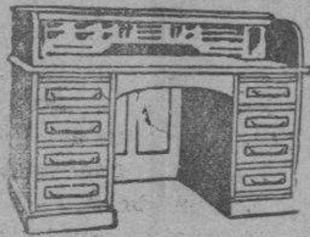
El obrero tiene un enemigo: el capital. Y contra ese enemigo, tiene un arma: la huelga.

Pero la huelga, que es un arma y es un arma de fuego precisamente, tiene, para producir su efecto, que ir bien cargada. Y estas armas, las huelgas, no van bien cargadas, cuando no van cargadas de razón.

¿Qué ocurre entonces? Pues ocurre que nadie cree en ellas; que lo que puede ser una lucha de hombres, se convierte en un juego de niños. Pero con un inconveniente: que una huelga «mal» cargada, o deficientemente cargada y sin repuestos, como arma es poco y como juego es demasiado peligroso.

Entre el manifiesto de la C. N. T. y la posición de la F. A. I. hay una gran diferencia; hay la misma diferencia que entre la reclamación y la rabieta, entre la protesta y el pataleo.

De todos modos, quizá sea cierto aquello de que «no hay mal que no traiga bien». Y el bien de estos últimos males, sea la proscripción del expediente y los trámites eternos en cuestiones procesales, por parte del Gobierno y el cierre de este que podríamos llamar ciclo de huelgas por parte de los Comités encargados de manejar, no siempre equitativamente, a las masas de trabajadores, que tienen mucho, desgraciadamente, que aprender para salir de ese anonimato que es al mismo tiempo flexibilidad, ductilidad y «rebafismo», y que es, en definitiva, la «masa neutra» neutralizada por los menos, con grave detrimento del derecho de las mayorías, que es la buena, que es la única posibilidad de la Democracia.



MUEBLES OFICINAS
AL TABA
PRECIOS DE TALLER
Tallers. 29 y 31 - Tel. 17445

tos clericales, que él inducía a su hijo. Una verdadera infamia.

—¿Y qué paso luego?

—Que al abandonar la estación de Tortosa el tren en que marchaba la familia de Marcelino, a la que me unían vínculos de afecto—que algún tiempo después se convirtieron en vínculos familiares—, nos enfrentamos allí mismo los dos y me dijo Marcelino: ¿Tú, qué piensas hacer? A lo que contesté: Continuar luchando a tu lado, con más ardor y entusiasmo que nunca. Y nos abrazamos fuertemente; el abrazo que yo llamé de Vergara. Y luchamos sin descanso, y vencimos. Me eligieron presidente del Centro de Unión Republicana y nuestra actuación fué persistente y fructífera. Ganamos todas las elecciones, a excepción de unas en que un señor Martínez Villar se prestó a cometer toda suerte de atropellos, ilegalidades y pucherazos. Y así y todo, por poco no obtiene el acta... Lo demás de la accidentada vida de Marcelino ya es del dominio público.

El alcalde de Tortosa, don Juan Benet, hermano político de don Marcelino Domingo, y camarada suyo inseparable desde la infancia, habla de él con un cariño y una devoción insuperables.

—¿Cuáles son, amigo Benet, los momentos de más emoción que ha vivido, en Tortosa, don Marcelino, y con don Marcelino, usted, sus incondicionales?

—Uno, el año 1917, al llegar a esta ciudad, cuando fué libertado del buque de guerra en que estuvo varios meses preso. El recibimiento fué imponente. Se levantaron arcos de triunfo con leyendas que decían: «A Jesús que torna». Y todo el pueblo se lanzó a la calle y se volvía loco ovacionándole, vitoreándole. Otro momento, recientemente, cuando vino por primera vez, después de ser nombrado ministro de Instrucción Pública. También se volcó el pueblo a la calle y le tributó el mayor homenaje de adhesión, simpatía y afecto que se ha conocido...



PANORAMA INTERNACIONAL

LA CRISIS INGLESA.-¿Y LA ALEMANA?.-EN PORTUGAL

Por M. CIGES APARICIO

El primer aviso de peligro lo dió Mr. Henderson en su visita a París, anunciando que Inglaterra sólo podría participar mediocrementemente en el socorro financiero que necesitaba Alemania. Advertidos los grandes bancos por el ministro de Hacienda de la mala situación británica, sobrevino la baja inesperada de la libra, que hubo de contenerse trasladando oro a la capital de Francia. El segundo aviso, más expresivo todavía, lo comunicó Mr. Snowden desde la Cámara de los Comunes, al asegurar que la carga del presupuesto era harto pesada para él solo, y que los demás tenían que ayudarlo. ¿Qué pretendió decir el canciller del Exchiquier? ¿Buscaba el concurso de las oposiciones para salvar la situación del momento? ¿Aludía a la formación de un Gabinete en que intervinie-



MAC DONALD

sen los tres partidos? La benevolencia de conservadores y liberales no podía faltarle; pero la colaboración en el Poder se revelaba más difícil. Los conservadores están en auge; su triunfo en la próxima consulta al país lo dan por seguro, y mejor que desgastarse en un Gobierno de concentración preferían esperar. El rey se fué a Balmoral; Mac Donald, a Escocia; Baldwin, a Francia. De pronto, los tres hubieron de retornar a Londres.

La situación se ha agravado. Los conservadores han de renunciar a su designio de gobernar solos. En la Cámara actual no disponen de mayoría. Convocar a elecciones exige dos meses de plazo y el problema económico no da tanta tregua. Hay, pues, que transigir; juntarse los representantes de los partidos para superar la crisis actual. ¿Han fracasado los



BRÜNING

laboristas, como repiten con fruición sus adversarios, y no exclusivamente los británicos? Desde luego, no han triunfado. Dijeron durante el periodo electoral que resolverían la crisis del paro, y se ha agravado. Pero eso ocurrió antes a los conservadores. Además, por carecer de mayoría parlamentaria, tampoco han podido implantar las reformas que propugnaron, y esto no es culpa suya. Los socorros a los sin trabajo, de que tanto se habla, los concedió el partido liberal poco después de la guerra y ya no se han sus-

pendido. Por agravarse la crisis bajo los conservadores, ampliaron éstos, y los laboristas no han hecho otra cosa que extenderlos a medida que se generalizaba el paro. Con fines de propaganda, también se ha exagerado la importancia de los subsidios. Son quince chelines semanales los que recibe el obrero sin faena; once más si tiene mujer, y dos por cada hijo. Si no pasa de uno, son veintiocho chelines los que percibe la familia, cuatro diarios, y supuesto el "standard of live" a que están habituados los insulares, nadie asegurará que vivan como rentistas burgueses, ni que con esta cantidad se les pueda encontrar "veraneando" en Boulogne-sur-mer, como algunos turistas españoles nos dicen.

Asciende a 125 millones de libras el déficit del presupuesto británico, y unos 60 millones se



GENERAL CARMONA

los llevan los socorros obreros. De éstos rebajará el nuevo Gabinete el 10 por 100. La economía de seis millones habrá costado una crisis y la división del laborismo. Y aunque el presupuesto se equilibre, ¿se habrá resuelto la crisis? Esta ha surgido como consecuencia de un exceso de producción mundial sobre el consumo; las reservas atesoradas son tan grandes que nadie sabe todavía cuándo se volverá a la normalidad. Como a Alemania, a Inglaterra y al mundo entero esperan aún graves días de prueba.

★ ¿Y qué pasa en Alemania? Las perturbaciones británicas han relegado al Reich a la penumbra durante algunos días. Apenas aquietada la situación en un país, se vuelve a hablar del otro. Algo confuso, que el tiempo aclarará muy pronto, ocurre en las profundidades de la

política teutona. Desde hace algunas semanas, desde el fracasado plebiscito prusiano, se dice que los nacionalistas van a colaborar en el Poder. ¿Y no es esto un contrasentido? ¿Quiénes fueron vencidos entonces? Los racistas de Hitler y los nacionalistas de Hugenburg. ¿Quiénes los vencedores? Los demócratas y, muy especialmente, los socialistas. Parece natural que el corrimiento de la política se hiciese hacia la izquierda después de esa significativa prueba, y no hacia la derecha. Por otra parte, ¿a quién debe



BALDWIN



HITLER

DEL AMBIENTE SOCIAL

EL DRAMATICO ESPECTACULO DE LA MISERIA

Por **LUIS MAIRAL**

LA Arcadia ideal, el remanso de la paz geórgica y alegre, preconizada por viejas escuelas filosóficas del anarquismo, no han podido cuajar todavía en los medios sociales en que se desenvuelve la vida humana. No es un hecho aún, y no sabemos si algún día llegará a serlo, la concepción altísima de una era de paz y de justicia para todos los seres. No negamos que sería hermoso ver a la Humanidad desenvolverse en este país de ensueño y maravilla, en el que no sería lícito que una parte de la Humanidad, acaso la más útil, se viera, como ahora, privada del derecho al trabajo, aun cuando en éste consiste la única forma de que esta clase pueda ganarse la vida honradamente.

Si ésto no pudiera ser lícito entonces, existe ahora otra cosa ilícita: el insulto a la miseria, tan gráficamente representada en el dramático espectáculo de los dormitorios públicos que hemos visto en las calles de Barcelona. El cronista frívolo que sin ahondar en la tragedia angustiosa de estas vidas sin amparo, dolorosamente condenadas a no ver ante sí más que una desoladora perspectiva de hambre, sin adentrarse a sondear el cruento realismo de

esas existencias tiradas al arroyo, a cuyo lado pasa con un gesto indiferente la sociedad, condena el espectáculo por "antiestético", sin pedir que sea suprimido, de una manera humana, comete un acto de imperdonable inhumanidad. Y esto ha sucedido. Lo hemos leído con la indignación con que se lee una injusticia de esas que tienen la virtud de sublevar cuanto en el hombre hay de humano.

Para consuelo nuestro, leímos el mismo día un comentario distinto, sobre el mismo tema, en un diario nocturno barcelonés: "La Noche". Ya no era el cronista frívolo, apologista de pálidas damiselas o de políticos mediocres, sino el recio escritor que sabe ver el dolor humano en su desoladora magnitud, sintiéndose hermano del hombre y que pone su pluma honrada a la defensa cordial de

unos seres míseros, pero honorables, a los que la sociedad no garantiza ni el derecho al trabajo. Era la pluma ágil, jugosa y brillante de Mario Aguilar la que ponía en el comentario un hondo calor de humanidad.

El cronista frívolo, para el cual todo el valor real de las cosas radica en la superficie, no concibe que en el más desharrapado de los desdichados durmientes callejeros puede haber—y lo hay seguramente—un ser muy superior a él. Así durmieron un Réclus, un Panait Istrati, un Dostoievski, un Máximo Gorki y casi un Pompeyo Gener.

Sería indefinida la lista de grandes artistas, valores verdaderos que no se atreverá a negar el cronista frívolo, que han tenido por lecho la tierra dura, y por techo, el infinito, bajo cuya impresión de gran-

deza han sido concebidas cosas trascendentales.

¿Qué importa quiénes son? Claro está que no son una Greta Garbo o un Edmond de Bries, o una divina muñequita de la frivolidad, a la que tan brillantes elogios dedicaría la exquisita delicadeza del cronista. Pero son seres humanos. Hombres simplemente con todos los atributos, sobre los caules pesa, como un estigma, la tragedia infinita del abandono. Son "ciudadanos ante la Ley, electores ante la Libertad, almas que quizá ganen el cielo ante la Iglesia, pero en la tierra no poseen ni un lugar para su cuerpo dormido".

Todo esto son ante las leyes y las instituciones. Ante la conciencia humana, deben ser hermanos. Y juzgándoles así, ¿por qué no afirmar que los dormitorios callejeros son una vergüenza pública, en el sentido de que sean utilizados como dormitorios tantos palacios y grandes edificios inútiles?

Parece que ésto sería más humano y no molestaría las delicadas retinas de nuestros sutilísimos cronistas, que se ruborizan ante el degradante espectáculo de la miseria irreudenta, que se exhibe en la plaza pública.

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TEL. FONO 90118

Brüning su persistencia en el Poder? No a Hugenberg y Hitler, sino a la socialdemocracia, que aun a expensas de discontentar a sus afiliados y de lanzarlos en brazos del comunismo, autorizó los decretos-leyes, con rebaja de sueldos y jornales, por evitar la crisis.

Y Brüning anda ahora en tratos con los nacionalistas. Sin duda el truculento Hitler no colaborará en el Poder, pero sí su asociado Hugenberg. Los 106 votos de que dispone en el Reichstag casi podrán compensar a los socialistas, arrojados desdeñosamente a la oposición. Pero la crisis económica está muy lejos de resolverse, y nadie duda que Alemania necesita del concurso ajeno. Todo lo hecho hasta ahora tiene valor de paliativo, que no de remedio, y éste sólo puede llegarle en forma de ayuda financiera a largo plazo, como asienten los peritos de Basilea. Ahora bien; uno de los valedores del Reich—Inglaterra—está inutilizado, por su propia crisis interior, para aportarle socorro; y de los otros dos, Francia, que tantas garantías políticas exige, no será fácil que le lleve el suyo encontrando en el Poder a los elementos que ha combatido con tanta vehemencia no exenta de justificación.

Hubo un momento después de la moratoria Hoover en que Alemania, espoleada por los desdenes exteriores, se propuso salvarse sola. Nadie creyó que lo consiguiera por medios normales. Entre los otros, el único perceptible era la bancarrota del Estado que le libran de las deudas por empréstitos y reparaciones, así como la inflación de 1923 le eximió de la deuda

interior. Para aquella audaz empresa, sabido es que el nacionalismo está siempre dispuesto a secundar o asumir la iniciativa, no así el socialismo, que prefiere tratar lealmente con los acreedores. ¿Qué significación puede tener el rechazo de éstos y la atracción de aquéllos a la hora en que Inglaterra, inhábil para actuar afuera, atraviesa honda crisis? Algo confuso, que el tiempo no tardará en aclarar, debe agitarse en el fondo de la política alemana.

★ Más intrepidez que organización han revelado los últimos sucesos portugueses. Allá por el mes de enero—creemos haberlo recordado otra vez—los corresponsales extranjeros convirtieron en motivo de acertijo cuál dictadura caería antes, la española o la portuguesa, y los mejor informados daban prelación a la última. Suponían éstos que el malogro de Jaca y Cuatro Vientos retrasaría entre nosotros, por tiempo indefinido, toda nueva iniciativa. Naturalmente, pensaban entonces en concitaciones militares, no en partos de régimen concebidos en el uso de las frágiles urnas. Es seguro que un alumbramiento de esta naturaleza también sería favorable a nuestros vecinos; pero su dictadura aún no ha perdido la fuerza agresiva y nociva, como la española, y nadie piensa allí en consultas nacionales. Sostenida exclusivamente en la fuerza, por la fuerza ha de caer. Pero lo que sí ha podido observarse es que va debilitándose; valiosos elementos que la abonaron antes le han retirado su concurso, y lo que ahora no ha sido, podrá sobrevenir dentro de algunas semanas o de muy pocos meses.

SILUETAS PARLAMENTARIAS

DE COMO SON DISTINTAS SEMEJANTES
SOTANAS

LA pantera, el gato, la zorra y el león... A tales respetables representantes del reino a que pertenecemos—del reino animal, entendámonos—pueden compararse los cuatro curas Pildain, Gómez Roji, Guallart y Alvarez (D. Basilio).

Son tan distintos, tan diferentes, que su semejanza física y espiritual demuestra para siempre, cómo en la misma escuela y con idénticas ropas, pueden cuajarse personalidades antípodas, a pesar de haberse amasado carnes y nervios con textos parejos y disciplinas iguales. Estoy seguro que ninguno de ellos entiende la Teología de la misma manera y conciben a Roma bajo el mismo prisma.

El apanterado Pildain es manso fuera de su caverna. Ruge allá, bajo su árbol famoso, a la vista de las praderas verdes y cegadoras, con olor marino; grita ante los cerebros aldeanos palabras rotundas y anatemas magníficos; pero llega, pisa tierras castellanas, se sienta en rojos terciopelos, y siente su garganta cerrada por el férreo collar del miedo, y habla en tono menor, en círculos ceremoniosos y reverentes. La manía "polemista" de los radicales socialistas nos ha impedido oír el final de su discurso, que sin duda sería más furi-

Por LUIS DE ARMIÑAN

bundo en esta parte, después de leer los comentarios decepcionados y casi despectivos,

De cara redonda y chatunga, aparece orondo siempre Gómez Roji, con larga pipa

des en su asiento y niega con la cabeza los pasajes ariscos de los discursos de los demás, y, cuando puede, mete su palabra bronca y a media voz hierde rápido para volver a su tono ambiguo, casi cariñoso y paternal, de hombre que todo lo comprende, que ha vivido mucho y muy largo y conoce la humanidad por su lado flaco.

Físicamente, Gómez Roji es la contrafigura de Guallart. Este largo, ululante, aire campero en la traza y pueblo en la estirpe, como denotan sus grandes pies hechos a todos los caminos ásperos y las manos alargadas, anchas y húmedas. No dice a nada que no, pero piensa en la negativa desde que se enfrenta con uno y, amable, dúctil, se escurre dejándonos sólo la huella de su paso.

Guallart es de Aragón y tiene a gala serlo con todas sus consecuencias.

—Quiero hablar con usted, le dije un día en lo que Soriano ha dado en llamar el antiguo merendero del Cojo, bufet del Congreso.

—Bien. Mañana en el hotel. Y fuí. E hicimos la consabida foto.

Lancé mis preguntas y me rogó las escribiera. Le complací.

—Esto es muy delicado. Yo



BASILIO ALVAREZ

porque aquí se perdona todo, ¡todo!, menos la cobardía o lo que tiene apariencias de tal. Pero ya sería tarde para convencernos de su panterismo. Fiera, sí lo es, mejor que pantera, puma, el curilla asustón que iba a comerse a las Constituyentes sin lanzar los trozos a la candela, sangrantes y sin sal.

en la mano diestra y unos ojos saltones que le dan cierto aspecto de simpático, de buen cantor de coro, aficionado a los yantares sabrosos. Es el gato, el felino que recuerda la selva al lado del brasero, el buen amigo comodón que tolera ciertas confianzas, siempre apercebido para alargar las uñas.



GUALLART



PILDAIN



GOMEZ ROJI

le contestaré por escrito mañana mismo.

Hasta hoy y van unas cuantas horas. ¿Qué creería que iba a preguntar a un cura diputado un periodista un punto más que liberal? Por los pasillos de la Cámara veo pasar su enorme manteo y allá va sin volver la vista, sin que sus pies de gigante parecieran tocar mármoles.

Este es el auténtico león. Un compañero nuestro dice: La oratoria barroca de Basilio... Yo creo que asusta a sus compañeros cuando habla...

Es verdad. Basilio Alvarez es el trueno y el pesimismo en el tono de su voz y en sus pausas inauditas. Arruga el entrecejo, frunce los labios glotonos de todas las glorias, y mientras con la mano extendida ata las voluntades de los que escuchan, el chorro de la palabra quema o hiela.

¡Buen modelo! ¡Brava estampa íbera!

De él se habla mucho: que si fué, que si hizo... ¡qué!... Cuando un hombre tiene su vitalidad y su fuerza ¡qué!...

Comento de viejas sabatinas, parloteos de marisabidillas con levitón. El cura Basilio llena su momento y ello basta. En las Cortes es una sotana roja, aunque sienta en lo hondo su catolicismo, que ello es compatible y hasta natural. Si Jesús de Nazareth volviera al mundo en Madrid y por capricho llegara a sentarse en el sillón de Besteiro, seguramente lanzaría su llama contra otros y, dulcísimo, procuraría convencer a Basilio de la verdad, porque le vería más cerca de ella y más propicio para conocerla. El corazón de un león tiene más roja la sangre que el de cualquier inferior en su escala...

LA ANDALUCIA DE CROMO

LA CAJA DE PASAS

Por ANGEL SAMBLANCAT

ESPAÑA se ha tomado siempre a broma a Andalucía. Andalucía es el país juerguista, castizo y jaranero por excelencia. En el concierto de las regiones ibéricas, a Andalucía le ha tocado el papel de bufón. Este papel lo desempeña a medias con Aragón y con Galicia.

El baturro, en Madrid, es el eterno paleta, el provinciano zanguango, el isidro que viene de Calatorao o de Alcañiz, como en la copla de la Raquel.

El gallego es el pobre diablo torpón, que, acostumbrado a calzar zuecos, no acierta a caminar con botinas, y que sólo sirve para aguador, para sereno y para portear baúles.

El andaluz es el hombre sin sociedad, sin dignidad y sin formalidad. El hombre pequeñín, embustero y bailarín. El hombre de tablado, de taberna y de plaza de toros. El que con un chiste y con dos granos de alpiste vive. El que se muere de risa aunque no tenga camisa.

Este es el andaluz para la literatura chirle y la burocracia cortesana, para esa burocracia frívola y pedante, que, además de limpiarnos el bolsillo a los contribuyentes, nos toma el pelo.

Confieso que yo he padecido de algunos de esos prejuicios sobre Andalucía.

Creía que esa región era una indecente chicharra, a la que no había más que rascarle la tripa para que rompiera a cantar.

Creía que aquello no era más que un plantel de cupleteras, que a Sevilla no se podía ir más que a beber manzanilla y que en Cádiz no había más que pentapolitas.

Un viaje que realicé años ha, por aquel hermoso y desventurado país, trastornó y revolucionó al respecto todas mis ideas, prejuicios más bien, y me reveló la auténtica fisonomía bética.

El chulo es el andaluz de exportación. La tonadillera—con las excepciones de rigor—es la desdichada que siente la necesidad de pregonar a gritos que ha perdido la vergüenza.

El cante y el baile flamencos—salvo excepción también—son artes tabernarias, natural desahogo de holgazanes y rufianes.

El señorito no es gala de la tierra, sino su sonrojo y el centro blanco y objetivo de un huracán de rencor.

Mal conoce a Andalucía el que afirma que aquélla es la patria de la abundancia, de la alegría y la risa.

No he oído en ninguna parte más rechinar de dientes.

Andalucía es la tierra del "¡maldita sea!"

No conozco hombres más graves que los andaluces.

No creo que haya almas de más negros odios, ni caras de más partida tristeza.

Esto es lo que he querido reflejar en mi pamfletito: "El pueblo del ¡ay, ay, ay!, del triple dolor", publicado en "El pasquín del pueblo".

Esa es la Andalucía que yo he querido pintar. La verdadera. No la de calañés y zajones de las páginas de "Nuevo Mundo".

La Andalucía campesina y proletaria, no esa otra que caza, y juega, y se divierte.

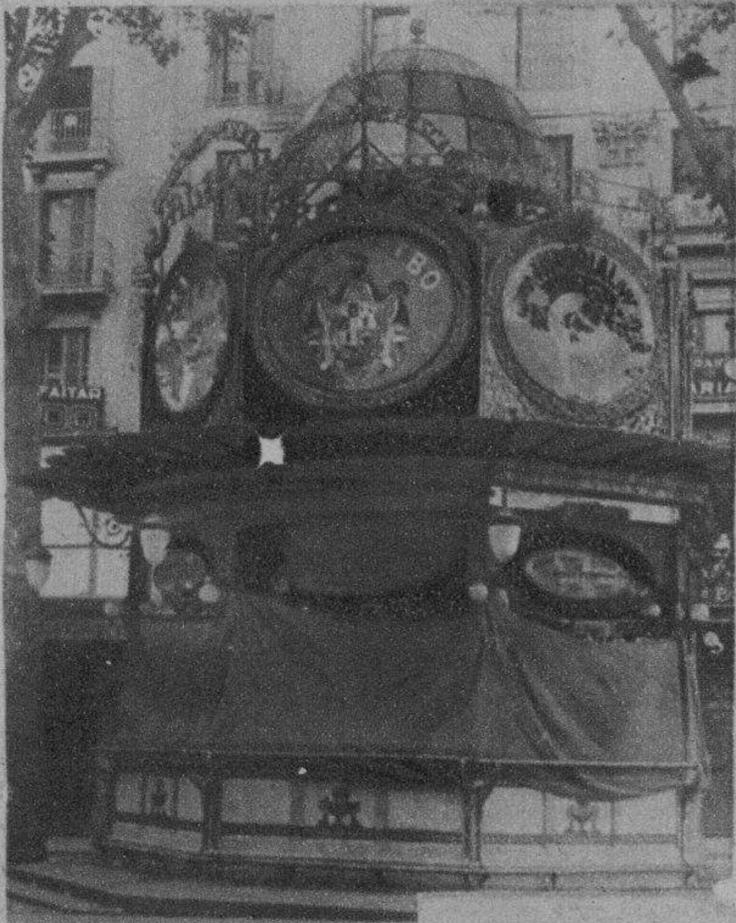
La de las huelgas, no la de la juerga.

La de los trabajadores que asistían a un mitin que en Córdoba di yq, con el hacha al cinto y la hoz en la mano.

La ciudad paralizada



La Via Layetana, una de las arterias de más intenso tráfico de la ciudad. Durante la huelga, unos policías cacheando a los sospechosos. Y nadie más. — (Fot. Badosa)

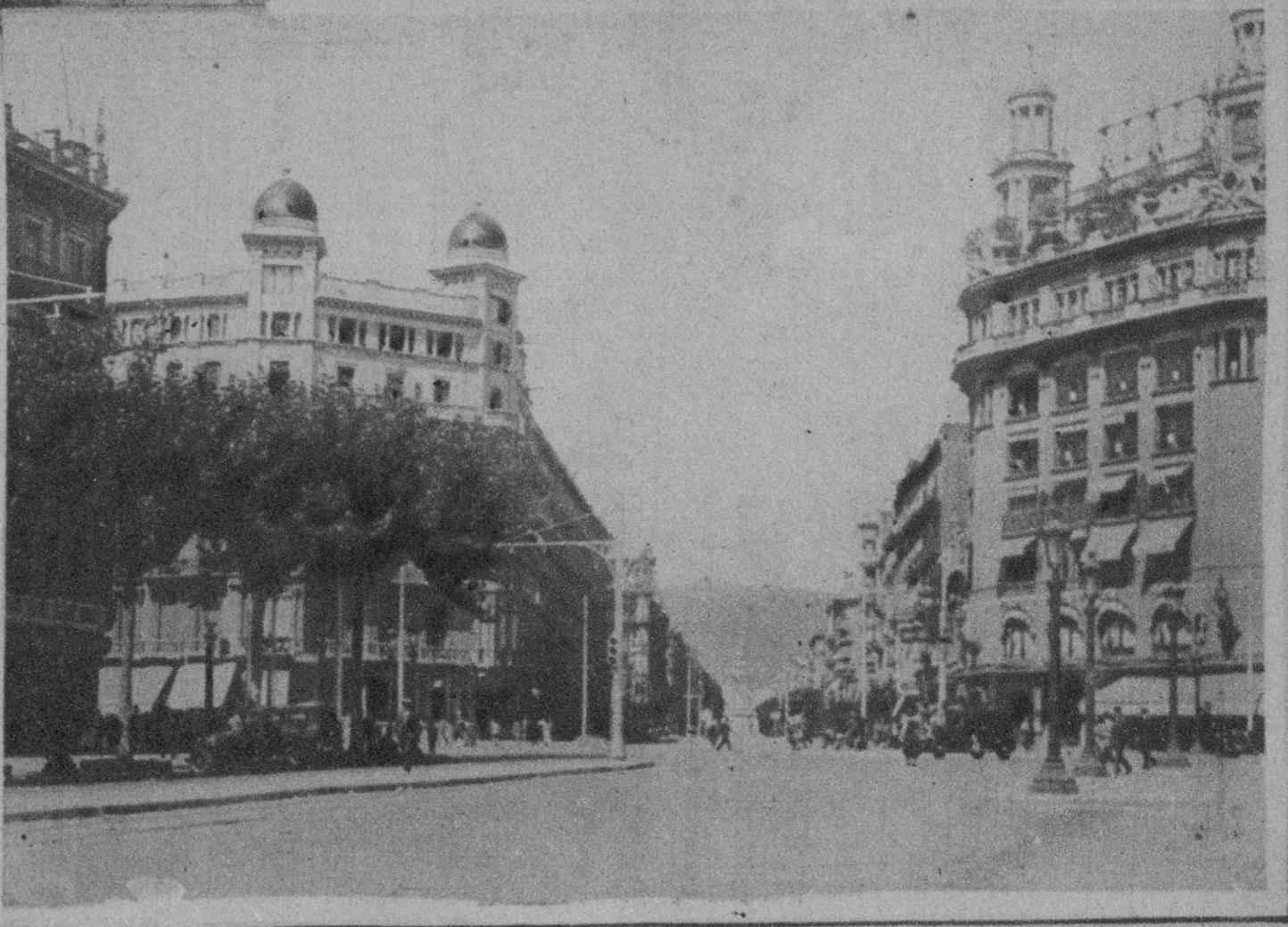


El popular quiosco de Canaletas, no cerró sus puertas, porque no las tiene; pero «paró» también, cubriéndose con unas telas. (Fot. Farrán, del S. E. P.)

Huelga general. Paro absoluto. Nunca, seguramente, tan completo como en estos tres días azarosos—jueves, viernes, sábado—que Barcelona ha vivido.

Sin cafés ni espectáculos; sin tranvías, ni «taxis», ni autobuses, la ciudad estuvo durante setenta y dos horas, sompletamente paralizada.

La Plaza de Cataluña, a las doce, uno de los días de huelga.—(Fot. Maymó)



UN GRAN ERROR

LA HUELGA GENERAL DE BARCELONA

Ha sido un error, un gran error, la proclamación de huelga general en Barcelona. La República no se merece esa animosidad de ciertos sectores sindicalistas. Si había nueve presos gubernativos, sobran los medios para libertarlos, corrigiendo la equivocación de la autoridad que quiso heredarse la República prácticas antijurídicas e impúblicas de la monarquía. La huelga general fué deshecha a las veinticuatro horas, y en el segundo día de paro se daba orden para el retorno al trabajo. Pero ya los reaccionarios podían presentar con sonrisa maligna, un argumento —ineficaz—contra la República



Cacheos...



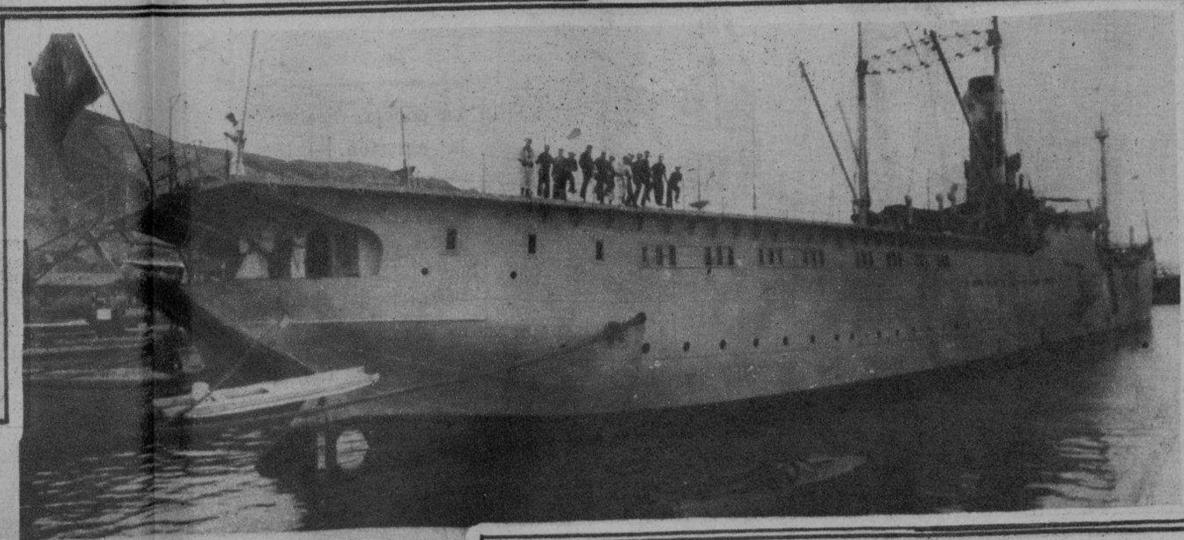
Calle abajo, va la camilla con un herido, muchas veces un pacífico transeúnte



Un detenido

La Vía Layetana, fué calle de constante tiroteo y alarma durante el viernes. He aquí un detenido, al ser conducido a la Jefatura de Policía, situada en la Vía Layetana

El «Dédalo», buque porta-aviones, donde hay 200 detenidos, llevados al buque de guerra, por la inseguridad de la cárcel



Ni el muchacho presumido se libró de la grave curiosidad de los guardias



El vapor «Poeta Arolas», requisado por el Gobierno

El vapor «Antonio López», requisado por el Gobierno

JORNADA DEL VIERNES

SINDICATO DEL RAMO DE LA CONSTRUCCION, FUE CONVERTIDO EN FUERTE POR LOS HUELGUISTAS, DURANTE SEIS HORAS

El más duro episodio de la jornada del pasado viernes, en Barcelona, fué el violento tiroteo cruzado entre la fuerza pública y quienes se hicieron fuertes, durante la mañana y la tarde, en el local del Sindicato de la Construcción. A ese episodio corresponde la información gráfica de esta página.



La policía, repeliendo la agresión. — (Fot. Maymó)

Balcones del Sindicato de la Construcción, desde donde fué hostilizada la fuerza pública. — (Fot. Farrán, del S. E. P.)

Policías a la expectativa. — (Fot. Maymó)



Conducción de algunos detenidos. — (Fot. Maymó)

EL FRACASO DE UNA REVOLUCION

LA RESURRECCION CIVIL DE PORTUGAL

OTRA revolución en Portugal. Pero no la clásica "revolta" de tipo militarista o caudillista, sino todo lo contrario. Hasta 1929, todos los movimientos revolucionarios estaban apoyados por considerables porciones del ejército y la marina, y dirigidos por un militar valeroso. En mayo de 1926, fué todo el ejército el que dió el asalto al Poder, impulsado por algunos hombres civiles, que pronto habían de pagar duramente su error y su claudicación.

Cuando al referirse a una sedición triunfante, se dice "todo el ejército", se sobreentiende que lo más de éste se ha limitado a asentir, por miedo o por conveniencia, al hecho consumado, y que quienes gobernarán en nombre del ejército, serán unas docenas de altos jerarcas, tan audaces como ineptos. Así ocurrió en España y por ello no tardaron en surgir desavenencias y finalmente rebeldías militares.

El caso de Portugal es, en este sentido, distinto del de España. La dictadura—que ya ha cumplido el quinquenio—no ha tenido frente a sí ningún movimiento de tipo militar. El ejército, halagado en su espíritu de casta y mimado en el aspecto material, ha conservado hasta ahora la conexión, sin solidarizarse, en todo o en parte, con los atacantes del despotismo. Ha habido, sí, individualidades militares que se han alzado contra la situación, unas con la intención desinteresada de librar a su país de la dictadura oprobiosa y grotesca que padece; otras—las menos—con ánimo de reemplazar a los dictadores con sus propias personas. En este último ahaque han incurrido exclusivamente reaccionarios desbocados, como Filomeno da Cámara.

La oposición armada contra el despotismo ha sido siempre civil, con una sola excepción: la de la aviación, incorporada, en todo momento, a la acción revolucionaria. Desde la revolución de febrero de 1927 a la reciente malograda, el Gobierno ha dispuesto de todos los Cuerpos y unidades del ejército para

Por ISAAC ABEYTUA

dominar sublevaciones genuinamente populares, aun cuando estuvieran encabezadas por jefes de condición castrense, que compartían la dirección con personalidades civiles. En cuanto a la masa combatiente era puro pueblo, proletario o mesocrático.

Esto significa algo interesantísimo para la nación lusa



ALFONSO COSTA

que el día en que la revolución triunfe, Portugal se habrá librado del morbo militarista, adquirido en su cuna y culpable casi por entero, de tanta convulsión y tanto paso atrás en la historia de la República.

Autoritarios o demagogos, los pretorianos han dirigido la política portuguesa desde hace veinte años. Machado dos Santos o Pimenta de Castro, Seote de Rego o Sidonio Paes: esta ha sido la constante alternativa. Los hombres civiles, aun los más talentosos e independientes, cedían a la coacción militarista, y, lo que es peor, la requerían en favor suyo.

El mismo cuartelazo de 1926 se debió a una sugestión civil. Políticos de claro abolengo republicano alentaron el movimiento, pensando que, con el apoyo de la fuerza, disfrutarían largamente del Poder. Una vez en él, se propo-

nían un imposible: sojuzgar a los que les encaramaron y restaurar la paz entre los partidos separados por rencores personalistas.

Pero, ya dueños de la situación, los militares, decidieron que el Gobierno sería para ellos solos. Al almirante Mendes Cabecadas, que insistía en cumplir la palabra dada de entregar el Poder a los hombres civiles, lo arrinconaron de un manotazo. Meses después, era eliminado con análoga violencia el mariscal Gómez da Costa, que pedía la colaboración de los viejos políticos. Durante unos años, la dictadura portuguesa fué integralmente militar. Caían y se renovaban los gobiernos como se forman los batallones en el patio cuartelero: a la voz de mando de un jefe, repetida sucesivamente por sus inferiores jerárquicos.

Pero ni en Portugal ni en ningún país del mundo poseen los militares el arte o la ciencia de gobernar. Ni tienen experiencia, ni flexibilidad, ni intuición siquiera. Su receta universal—energía a todo trance y costa, hasta cuando está contraindicada—, fracasa siempre. No es viable, tampoco, su propósito, a veces sincero, de apoliticismo. Por ley natural, los gobiernos de fuerza sirven a la reacción y acaban entregándose a las derechas más intransigentes y voraces.

Es lo que sucedió en Portugal. De crisis en crisis y de conspiración en conspiración, la dictadura cayó en manos de los monárquicos y de los clericales. Toda la obra de la revolución se fué deshaciendo con sádica complacencia por los vencidos de 1905, que todavía no tienen fuerza para vencer en lucha franca, pero que han logrado dominar subrepticamente a Portugal.

Y esta es la paradoja a que vive sometida la nación hermana: una república gober-

nada por monárquicos, un pueblo anticlerical juguete de un jesuíta—Oliveira Salazar—, un ejército eficiente y culto utilizado para fines de baja política, por unas docenas de sedentarios e ineptos. Ni uno sólo de los nombres que se prestigiaron en la gran guerra figura a la cabeza de los elementos dictatoriales. El titulado presidente de la República, Fragoso de Carmona, es un hombre oscuro, con el solo mérito de su incapacidad para ceder a todas las presiones de sus inspiradores. En cada movimiento revolucionario aparecen, entre los rebeldes, las más insignes mentalidades del ejército luso, que, tras del episodio insurreccional, se ve despojado de tan destacadas figuras. Al general Norton de Mathos—el mejor ministro de la Guerra que ha tenido Portugal—, hay que buscarlo en el retiro de su "villa", alejado de los cuadros activos. A los aviadores que, durante la guerra europea, rivalizaron en pericia y arrojo con los "ases" alemanes y franceses, se les encuentra en las prisiones de la metrópolis, prisioneros en Cabo Verde o escondidos en Lisboa u Oporto, en espera de ocasión propicia para lanzarse contra el despotismo que arruina y envilece a su país.

Estas pérdidas, tan dañosas para el ejército lusitano, están compensadas sobradamente porque los eliminados van impregnándose de sustancia civil y despojándose de prejuicios de casta, para no ser más que ciudadanos, que, el día de su rehabilitación, no pensarán en militaradas facciosas. Y si alguno pensara—en España tenemos ejemplos bien aleccionadores—sufriría una cruelísima decepción. Cuando los militares se ponen activamente al servicio de la democracia, renuncian de por vida a toda veleidat caudillista.

Estas son las perspectivas políticas de Portugal. La fuerza parece todavía vinculada en el despotismo, pero éste—reiteradamente fracasado—, no tiene autoridad, ni popularidad, no dispone de capaci-

EN DEFENSA DE UN AUSENTE

Y tan ausente! Como que murió hace unos veinticinco siglos.

Sin embargo, merece ser defendido de la injuria que supone el considerarle Dios, Hijo de Dios, profeta, divulgador de revelaciones divinas o angelicales.

Confucio, que es el ausente a quien se debe defender, y, no sé, al escribir este artículo, si lo habrá hecho ya parlamentariamente el doctor Juarros, fué metido en docena con dioses falsos o verdaderos por consumidores de turnos de totalidad en favor o en contra del proyecto de Constitución.

Y Confucio no merecía esa confusión.

En el amenísimo periplo de Vicente Blasco Ibáñez "La vuelta al mundo de un novelista" se dice de Confucio mucho para ser copiado, poco para ser leído con gusto.

Algo voy a copiar: "Confucio es el primero de los chinos. De los quinientos millones de seres que pueblan este país, muy pocos recuerdan los nombres de sus emperadores, ni ni aun los de aquellos que figuran gloriosamente en su historia. Pero ninguno ignora quién fué Kung-Tsé, nombre chino de Confucio. No hay ejemplo de que un varón ilustre de Occidente haya llegado a una celebridad tan absoluta. En este país, donde cargos y honores no son transferibles y los herederos de los mandarines más poderosos vuelven a sumirse en las últimas clases sociales si no logran, a su vez, conquistar por el estudio y el examen, la posición de sus padres, la única nobleza reconocida es la de los descendientes de dicho filósofo. La República, que se muestra ajena a todas las religiones del país, ha acrecentado aún más la fama de Confucio, tributándole un culto nacional. En ningún pueblo se vió jamás rendir honores a un moralista, conservándole su condición simple de hombre, sin pretender convertirlo en Hijo de Dios."

Y esto otro: "No creó Confucio una religión, pero su vida pura sirve de ejemplo a todos los chinos. En las escuelas se repiten sus aforismos morales y sus cantos elegiacos, pues este filósofo fué, al mismo tiempo, un poeta y un amante apasionado de la música."

Haciendo un breve parangón entre los dos grandes conductores del pueblo chino, puede decirse que Laotsé se preocupó más del hombre que de la humanidad. Según él, la vida es un período transitorio y su objeto principal debe ser puramente contemplativo. La filosofía moralista de Laotsé resulta estéril para la felicidad común. Confucio, por el contrario, pensó en la sociedad más que en el hombre, fundando aquélla sobre las leyes de la más generosa moral. Para él, la virtud no consiste únicamente en abstenerse de acciones condenables. Hay que ser útil, además, a los otros seres, contribuyendo activamente a la felicidad de todos.

El uno, considera la civilización como causa de la decadencia del género humano; el otro, la acepta como el mayor destino del hombre sobre la tierra. El primero, se pierde en las profundidades de la metafísica; el segundo, propuso leyes y costumbres, muchas de las cuales rigen hoy la vida superior del pueblo chino. Laotsé fué un gran filósofo. Confucio un gran legislador."

Y prosigue el paralelo: "Responde al mal con la justicia y a la bondad con la bondad." Así habló Laotsé cuando aún faltaban seis siglos para el nacimiento de Jesús: "Trata a

los demás hombres como tú deseas que te traten a ti." Esto lo dijo Confucio quinientos años antes de la era cristiana.

Y ahora la moraleja: "Mientras en los otros países se dedicaban templos a dioses imaginarios y muchas veces crueles, la nación china los elevó a un simple hombre, porque fué apóstol de la dulzura humana, de la moral y de la virtud. El templo de Confucio en Pekín es de majestuosa simplicidad, muy grande, pero solemnemente vacío. Sus paredes no contienen imágenes; su principal adorno es una calma absoluta."



EL RETABLO DE MAESE ALFONSO

Las columnas y las murallas, de un rojo uniforme, sólo tienen ligeros toques de oro. Después de haber visto la exorbitante profusión de dioses y monstruos en las pagodas, los ojos parecen descansar placenteramente en este vasto local sin ídolos y sin tallados. En el centro, como único adorno, hay un ramo gigantesco de lotos surgiendo de un vaso de bronce de iguales dimensiones."

He reproducido texto de un libro que consideraba muy popular, conocido de todos y que veo con disgusto que no figura en la Biblioteca del Congreso.

No hagamos reír a los chinitos vendedores de collares con el error de confundir a Confucio con un dios de tres al cuarto, inventor de una religión para matar y robar a los que crean en otra tan falsa y menos fuerte que la agresora.

ROBERTO CASTROVIDO

dades individuales y cuenta con la hostilidad de las masas.

El proceso de descomposición del régimen ha llegado ya a su última etapa. Cualquier enojo súbito del pueblo conmueve a una dictadura que presume de férrea y que ejerce una durísima represión contra sus adversarios. La reciente revolución fué, en realidad, un movimiento de impaciencia, sin prepa-

ración ni elementos de lucha. Un coronel que, al frente de unos centenares de paisanos, penetra en un cuartel, prende a los oficiales que no se le adhieren, se gana a clases y soldados y emplaza las ametralladoras en plena calle. Simultáneamente, unos cuantos aviadores se apoderan de un aerodromo y bombardean los edificios oficiales. Frente a es-

te haz de revolucionarios, toda la poderosa máquina represiva dictatorial. Y, sin embargo, estos hombres escasos en número, impreparados para la pelea, aislados de los directores del movimiento, se adueñan durante un día entero de Lisboa, se esparcen luego por todo el país alcanzando otras rebeldías y atraen hacia sí, llenos de esperanza,

a millares y millares de portugueses.

¿Puede llamarse derrota al lógico acabamiento de una sublevación nacida de tal modo? Con las notas oficiosas de la dictadura, podría serlo. En la realidad es una nueva confirmación de que un pueblo sin armas, pero con razón para rebelarse, triunfa de un despotismo con fuerza material, pero sin autoridad moral.

EL JUSTO Y DEBIDO HOMENAJE NACIONAL

LOS ESTUDIANTES FUERON, EN TODOS LOS TIEMPOS, LA VANGUARDIA DE LAS LUCHAS POR

LA DEMOCRACIA Y LAS LIBERTADES

Por JOSÉ L. BARBERAN

ESTE y aquel periódico madrileño pugna estos días sin discusión, ¡claro está!, por aparecer ante los ojos de los estudiantes como iniciadores y patrocinadores de rendir a éstos un homenaje nacional.

¡Ahora, casi a los cinco meses de proclamada la República!... ¡Ahora, después de un empacho de bombos a tanto arribista, a tanto republicano improvisado!...

Caso lamentable el de estos periódicos, que pugnan por apropiarse la idea del homenaje, cuando ésta se la brinda este o aquel lector o ciudadano, que no pudiendo permanecer indiferente a esta ingratitud de todos, dirige una carta y aquel periódico, aparece extrañado de que tan fácilmente nos hayamos olvidado de esta valerosa, de esta heroica juventud escolar que fué, en verdad, la que nos sacó las castañas del fuego.

Cartas estas que esos diarios apostillan con unas líneas frías, faltas de sensibilidad y, por tanto, sin vibración, como para salir del paso... ¿Por qué esta necia pugna por apropiarse de una idea que no les pertenece?...

Ya que han olvidado que Emiliano Iglesias fué quien tuvo un recuerdo para los estudiantes, comentando el acuerdo de colocar en el Congreso una lápida con los nombres de los mártires de Jaca... Mártires gloriosos, como tantos y tantos otros de Cataluña, Extremadura, Andalucía, Castillas, etc., en todas las épocas y en todos los tiempos... Mártires como Abad, el héroe del primer alzamiento republicano de España y fusilado en Huesca, en el mismo sitio que lo fueron Galán y García Hernández.

Idea ésta o palabras de Emiliano Iglesias que Lerroux recogió en su último discurso... Pero todo esto, ahora, a los cinco meses de proclamada la República.

Pero esta ingratitud de los más obligados, no la ha tenido el pueblo, que esperaba un día y otro que alguien alzara la voz en el seno del Gobierno, en el Parlamento, en la Prensa... Por este silencio, las

cartas de estos ciudadanos despertando sensibilidades dormidas, recuerdos, obligaciones y deberes.

Nos parece pobre la idea de celebrar el homenaje aprovechando el acto oficial de la inauguración del curso académico... El homenaje debe ser como la obra grandiosa realizada por los estudiantes... Homenaje grandiosamente popular en todas las capitales de España en un mismo día y a una misma hora, para que en él tomen parte todas las clases sociales, y principalmente la mujer—la mocería femenina—tan ligada al escolar por romanticismo e ilusiones de juventud.

Y debe celebrarse este homenaje mediante una disposición del Gobierno Provisional de la República, instituyendo "El día del estudiante", con carácter de fiesta.

Y en cuanto al profesorado, mejor dicho, a los catedráticos, que se solidarizaron con los estudiantes en estas luchas por las libertades—que no fueron todos ciertamente—, a esos catedráticos tributarles también un homenaje, pero separadamente, con más austeridad, con mayor empaque oficial si se quiere.

Justo y debido homenaje.

Sí, justo y debido homenaje... Y volvemos a decir, repetimos, que ellos, ellos fueron los que nos sacaron las castañas del fuego.

En el año 28, cuando más potente, fuerte y arrollador era el absolutismo del negociante Alfonso de Borbón, y más terrible y amenazador el poder dictatorial de Primo de Rivera, cuando aún no se atisbaban conjuras y conspiraciones revolucionarias ni las asociaciones proletarias daban fe de vida, los estudiantes, con el ardimiento de la juventud, con la irreflexión de los pocos años, con la fe sacrosanta de

las primeras ilusiones de la vida, con el valor, realmente heroico de los sanos y puros ideales, se lanzaron a la lucha, sin más perspectiva y horizonte que el depósito judicial, el hospital o la casa de socorro, los inquisitoriales calabozos de incomunicados de las cárceles, los consejos disciplinarios, la pérdida de curso y matrícula y la represalia paternal.

¿Qué compensaciones buscaban?... ¿A qué honores aspiraban? ¿Qué grangerías les tentaba?...

Y ellos, mostrando el pecho a los fusiles homicidas, en plena calle, sin más armas que sus entusiasmos, quebrantaron el poder absolutista del funesto monarca y del dictador, burlándose de su soberbia, de sus amenazas y de sus represalias.

Los estudiantes abrieron el camino de la revolución, en este año de 1928, continuando ya sin interrupción, hasta febrero de 1931, en que sin temor a la bárbara represión ordenada por el general Mola, proclaman la República Soviética, colocando en lo alto de la Facultad de San Carlos la roja bandera comunista.

Y cuando ven derrocada la monarquía y proclamada la República, silenciosamente se reintegran a las aulas, sin pedir nada, sin exigir nada, sin necias vanidades, viendo desde ellas, tal vez con pena profunda, con repugnancia, las apetencias de tanto arribista, de tanto frigio improvisado y de tantas y tantas borracheras de vanidades y exhibicionismos y tanta y tanta exaltación de cretinos y nulidades.

Sí, justo y debido homenaje, reparador de injusticias e ingratitudes, pero homenaje grandioso, popular, en Madrid y Barcelona, en Valencia y Sevilla, en Zaragoza y Vallado-

lid, en este y aquel pueblo, en el último rincón de España.

Este homenaje popular, de momento, debía perpetuarse más tarde en las sublimidades de un libro histórico, en que se escribieran páginas gloriosas de las luchas de los estudiantes por la libertad y por la democracia. Pero no un libro anodino y vulgar, forjado con recortes de periódicos, sino documentado y con la autoridad de una firma como el maestro Unamuno u otros literatos que no teniendo el prestigio del catedrático de Salamanca, sean eso: literatos o escritores, y no emborronadores de cuartillas.

Libros que, sin remontarse a los tiempos interesantes de la vida estudiantil en Salamanca y Alcalá de Henares, comience por los días de la guerra de la Independencia, en que los escolares, formando aquel famoso "Batallón sagrado", que mandó Evaristo San Miguel, se lanzaron a la lucha por la integridad de la patria, con hazañas asombrosas de valor y heroísmo que repitieron, unidos a los milicianos, en la jornada memorable del 7 de julio.

Después, la epopeya de la histórica noche de San Daniel, del día 10 de abril del año 1865, que resucitamos en estas populares páginas de LA CALLE en otra información. Y así sucesivamente, los trágicos sucesos en la Universidad de Salamanca el día 2 de abril de 1904... Aquella famosa manifestación de 1901 contra La Cierva que acababa de ser nombrado ministro por primera vez, con la cartera de Instrucción pública, suspendiéndose por ello un viaje regio anunciado para ese mismo día, a fin de sustituir a La Cierva, que se vió obligado a dimitir... Y tantos y tantos episodios registrados en todos los tiempos, hasta el mes de febrero último que, como hemos dicho, proclamaron la República en la Facultad de San Carlos.

Por deber, por justicia, por gratitud, rindamos un grandioso homenaje a los estudiantes de hoy, que ellos son los verdaderos hombres que mañana necesita la República.

LA MOVILIZACION DE LOS "ALTOS FONDOS"

UN ATENTADO CONTRA MACIÁ

Lector no catalán: «La Vanguardia», de Barcelona, ha atacado desconsideradamente a Maciá acusándole de contactos con los sindicalistas y de ingenuidades optimistas que condujeron a la huelga general. Este artículo marca el comienzo de la gran ofensiva contra Maciá, no por su catalanismo radical, sino por su republicanismo sin estrías conservadoras ni oportunistas.

EN julio de 1909 fué declarada la huelga general en Barcelona, el tumulto revolucionario llenó las calles durante siete días, ardieron cuarenta y tres conventos, hubo ciento doce muertos y trescientos heridos. Era presidente del Consejo Maura, ministro de la Gobernación Lacierva, gobernador de Barcelona Ossorio. Y «La Vanguardia» calló. «La Vanguardia» no recriminó a Maura, no discutió a Lacierva, no menospreció a Ossorio, a pesar de los siete días de incendios sacrílegos y de hecatombes callejeras. ¿Porqué? Porque aquel era un Gobierno conservador nombrado y sostenido por S. M. Alfonso XIII. En septiembre de 1931 en Barcelona estalla la huelga general, caen muertos ocho ciudadanos, de ellos seis sindicalistas, no hay ni un incendio, no se comete ningún sacrilegio, la algarada se circunscribe a una zona de trescientos metros y a dos episodios, uno en las Ramblas, otro en el Paseo de San Juan, la huelga es rota a las treinta y seis horas, y «La Vanguardia», con un virulento ímpetu de señora en trance histérico, escupe, más que lanza, sus anatemas contra Maciá y contra las autoridades. ¿Porqué? Porque Maciá y esas autoridades no han sido nombradas y sostenidas por don Alfonso, sino por el pueblo, en libre ejercicio de voluntad electoral.

Por vez primera ocupa los organismos oficiales una izquierda catalana auténtica, llevada a ellos por una imponente marea popular. Antes, todos, la Lliga y Cambó a la cabeza, preconizaban la necesidad de una izquierda catalana; pero lo que ellos pedían era una izquierda mediatizadora y claudicante, con un estado mayor de abogados flexibles que pudieran pactar con las derechas y con los regionalistas en la hora de las combinaciones electorales y del

Por MARIO AGUILAR

reparto de mandos y prebendas. La Izquierda Catalana ha sido la única izquierda catalana que no ha tenido cordones umbilicales con la Lliga Regionalista, y claro, desde «La Vanguardia» a «La Veu» y desde «La Publicitat» a «El Matí», todos se revuelven contra ella, por no prestarse a ser una ficción y mantener orgullosamente y duramente los puestos ganados.

¿Maciá es la cabeza visible de esa izquierda? Pues contra Maciá. No lo hacen ostensiblemente ni «La Publicitat» ni «La Veu», porque todavía no pueden atacar al Maciá de Prats de Molló y del 14 de abril; pero lo ejecuta por ellos «La Vanguardia», en cuyo balcón no ha flotado nunca la bandera catalana, ni, hasta ahora, la republicana. No atacan, porque la obcecación política no les ha conducido aún a esa herejía, ni la pureza política de Maciá, ni la austeridad de su vida, pero lo acometen por haber establecido contacto con los sindicalistas y practicar un sistemático optimismo en el que ha mordido la huelga general. Y bien, ¿qué ha hecho, qué ha dicho Maciá para que se le presente como un pseudónimo del anarquista de Tarrasa? Sencillamente, dar jerarquía ciudadana a los sindicalistas. Bajo la monarquía éstos eran tratados como delincuentes presuntos, y si entraban en el Gobierno Civil, o en Capitanía, o en la Diputación, eran como acusados que habían de hallar, en el gobernador, en el capitán general o en el presidente de la Mancomunidad o de la Diputación, un fiscal y quizás un guardia ejecutivo. Maciá transforma esa visión monárquica de las relaciones con el sindicalismo, en concepción republicana. Un sindicalista, para él, no es un reo: es un ciudadano. «La Vanguardia» desea lo contrario, que el sindicalista sea un acusado, y no un hombre bajo la protección de la República.

Pero es que el sindicalismo —se responde— reproduce su antigua violencia incoherente. Bien. Ante esto, no caben más que dos políticas: o la atracción legalizadora del sindicalismo, o su represión. Maciá opta por la eliminación de los elementos extremistas y agre-

sivos, favoreciendo la depuración de la Confederación Nacional del Trabajo. ¿Que se obtendría con la represión? La hubo en 1895, cuando Montjuich. Se reprodujo en 1902, con la primera huelga general. Volvió en 1909, con los fusilamientos, las condenas y la «huída de la chusma», según rezaba una sección permanente de «La Veu de Catalunya». La presenciamos en 1917, y, finalmente, de 1920 a 1922, la sangría sindicalista alcanzó proporciones horribles. ¿Que se consiguió? Nada. La clandestinidad por unos meses o unos años y la resurrección imponente del sindicalismo. ¿Qué hacer, pues? ¿Cómo van a destruir los conservadores esa fuerza que tiene sus doctrinarios, sus místicos y sus mártires y que no es una improvisación, sino que representa toda una tradición de Cataluña, vieja ya de medio siglo?

Es que, dirán, no queremos destruirla, sino normalizarla. Es que no le negamos el derecho a la vida, sino el derecho a la imposición de la incoherencia y de la imposición. Pero ¿es que Maciá, es que la izquierda catalana, no pretenden eso mismo, no laboran para eso, no están en contacto con los sindicalistas para que éstos, sin abandonar sus principios, no apliquen a la economía la histeria revolucionaria, sino el razonamiento, revolucionario si se quiere, pero razonamiento que ponga la huelga adecuada en el momento adecuado? Se añadirá que con esa táctica se ha llegado a a huelga general. Concedido. Pero esa huelga ha llegado después de cinco meses de presenciar turbulencias sociales en toda España, sin que aquí, en Barcelona, la ciudad roja, se produjesen incendios de conventos, ni los guardias se enfrentasen dramáticamente con los huelguistas.

Hay más, señores conservadores, hay más, señores detractores de Maciá y de la Izquierda. Cuando aparece en las esquinas de Barcelona una alocución pidiendo serenidad y cooperación al pueblo contra la huelga y contra el grupo anónimo de perturbadores, es Maciá quien la firma. Cuando se hacen declaraciones rudas y temerarias contra los victimarios de la ciudad son dipu-

tados de la Izquierda quienes las hacen, no los diputados del regionalismo, ni los varones ilustres de «Acció Catalana», y mientras el gobernador, señor Anguera de Sojo, poder ejecutivo, impone la autoridad en la calle, Maciá, poder moderador, dialoga con los delegados sindicalistas y consigue que a las treinta y seis horas de paro se decrete el retorno al trabajo.

Aquí está, viva, contundente, en medio de la calle, la política razonadora de la Izquierda, que es la política republicana, y en vez de agradecerla, rindiendo devoción al espíritu civil y humano de Maciá, «La Vanguardia» y su séquito pretenden acordonar a este hombre como si fuera un Kerensky con ingenuidades estrambóticas. Mala política. Mal periodismo. Hoy por hoy Maciá es una válvula, como lo es la Izquierda, y si se les acosa, si se intenta anularlos, pueden producir lo que denuncian y es falso, la conjunción del sindicalismo y de la Izquierda, con todas las derivaciones.

Tengan serenidad los conservadores, que, al fin, si el alumbramiento del Estatuto se produce, a Maciá será debida, no a los regionalistas monárquicos y vencidos, ni a la «Acció Catalana», diletante y obtusa, ni a «La Vanguardia», que lo odia. Y si hay paz en Barcelona, a Maciá la deberán, a Maciá la deben, no a quienes creen que se detiene al proletariado arrojando a su paso unas letras de molde con agrias divagaciones protestantes de señores Esteves alarmados.

**

Yo no pertenezco a la Izquierda, ni he hablado siquiera con Maciá. Soy un hombre a quien la malignidad y el extremismo exasperan, y que ante el espectáculo de un hombre puro y cordial acosado, lo defiende. En Maciá, hoy, existe algo más que acción política. Hay belleza. El contra todas las astucias de los zorros políticos, todas las ambiciones estranguladas del catalanismo vanidoso y aprovechador, todas las impiedades y avaricias burguesas, todas las incomprendiones del señor de pro, todas las marrullerías de los Sancho Panzas. Es un magnífico episodio político y un

CORTES CONSTITUYENTES

DESDE MI POBRE PUNTO DE VISTA

ESTE envío, que yo he visto casi siempre al final de los artículos, poesías, etc., creo que debe ir por delante en estas emborronadísimas cuartillas que el director de LA CALLE ha tenido la gentileza de pedirme, y yo he tenido la osadía de escribir.

Debe ir por delante el «envío», para que se sepa lo que viene detrás: nada, Intranscendencia. En estas Cortes constituyentes, donde el cariño de la provincia de Barcelona me ha llevado, yo represento la intranscendencia ya. Reconozco que en mi vida determinada, se posó el éxito por unos instantes; fui llevado en hombros, y requerido, y festejado. Soborné la modestia unos días, por que el precio de soborno era carísimo. ¡Demasiado! Pero hoy, ha vuelto a mí la modestia. Y la he recibido pródiga y cordiamente en la casa de mi honestidad.

A los pueblos de Barcelona, debo el haber encontrado otra vez mi propia personalidad.

Y por eso, «envío» a los pueblos de Barcelona, estas notas intranscendentes de un hombre que ha pasado otra vez a ser intranscendente.

LO QUE OIGO TODOS LOS DIAS

Todos los días, oigo que van a asaltar el Congreso y nos van a arrastrar a todos. ¡Qué se vamos a hacer! Ese día, me pondré el mejor traje de los tres que tengo, y asistiré a mi escaño con la mayor puntualidad. Si los asaltantes creen que debo ser el primero, quiero hacerles el honor de una impecable recepción.

espectáculo estético. Pero en vez de contemplar a Maciá como «el caballero de la mano en el pecho», preferiríamos verle como el caballero de la mano en la fusta. Maciá, hoy, ante el cerco que le ponen, debiera tener las arrogancias de Alejandro Lerroux hace veinticinco años.

Impresiones parlamentarias y angustias sin cuento

Por SALVADOR SEDILES

Oigo también, todos los días, blando, está aquí tan calladito; que este Gobierno se va a ir; to; contempla tras sus gafas que va a venir otro, quizá pre- y su ceño, la figura mano-



SALVADOR SEDILES
que comienza hoy su colaboración en LA CALLE

sidido por don Alejandro Lerroux, el viejo caudillo que ha comenzado ya a ponerse a bien con la iglesia.

Pero pasan los días, y el Gobierno no se va, ni viene Lerroux; mejor dicho, el que se va es éste. Se va a Ginebra donde se hacen hablar más que en el Parlamento español. El, que se ha pasado la vida ha-

teante de Alcalá Zamora, que cuando habla, parece que le va a dar una bofetada; pero el ministro de Estado hace como que se repantinga en el banco para ponerse lejos de las aspas de don Niceto.

Y oigo... otras muchas cosas, que no me atrevo a decir. Si fuera periodista, las diría.

Que no tengo más que cincuenta céntimos; que estoy esperando a que me concedan la palabra. Que haré todo cuanto esté de mi mano; que sería una lástima que se malograra la República.

Mi angustia, crece día a día, desde el pequeño rincón de mi escaño, recapacito, y veo, que yo no sería ministro por nada del mundo.

Este asedio de recomendaciones y quejas que me hace hasta contestar algunas cartas!, debe ser horrible cuando se está en el banco azul. Porque yo, puedo alegar en mi descargo, que no se me hace caso. Pero... ¿y un ministro...? Un ministro tiene que ser austero y razonable; y las dos cosas a un tiempo, es muy difícil llevarlas con auténtica exactitud.

DE MI VIDA

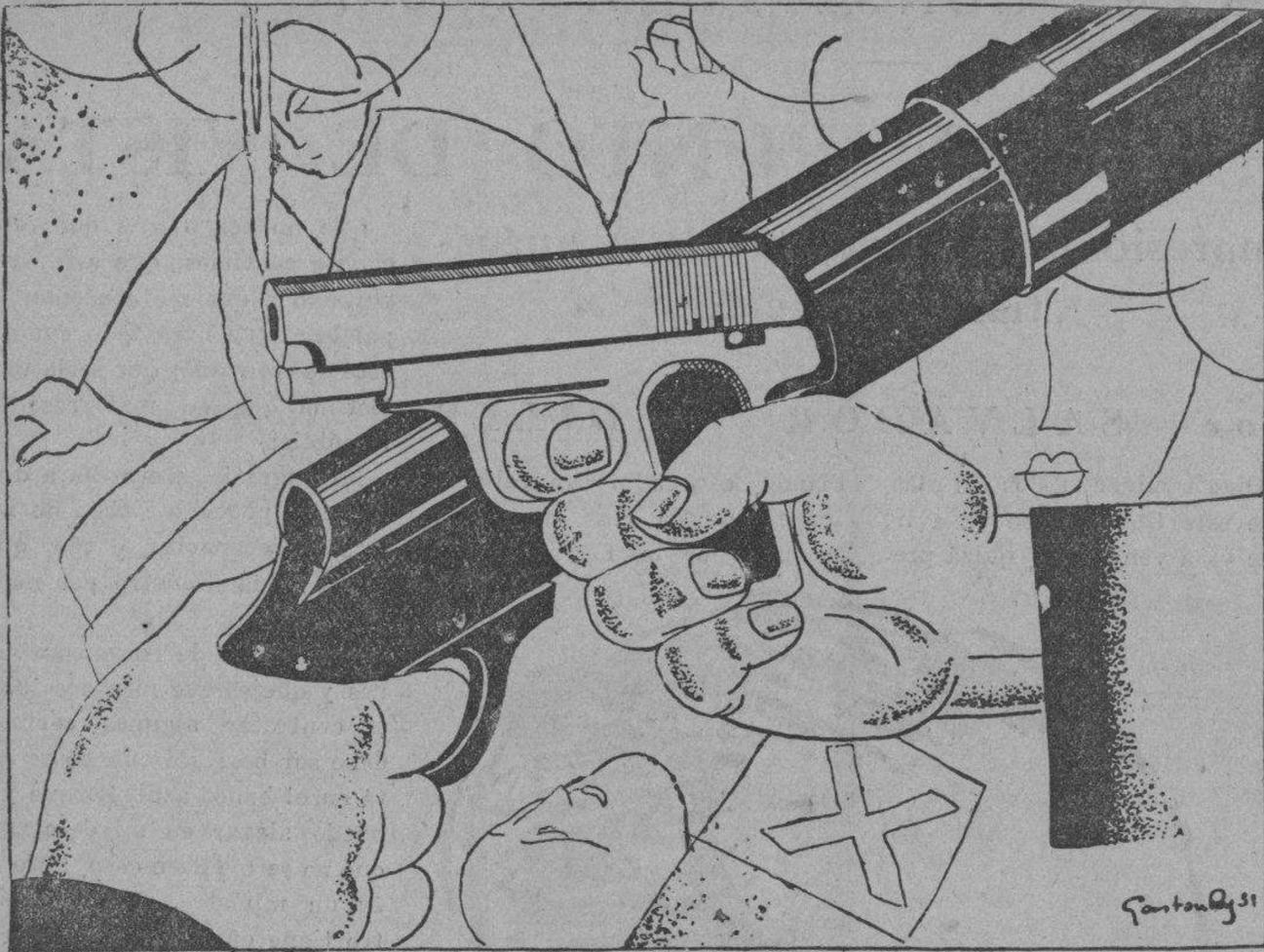
Cuando unos hombres de Barbastro fueron a verme a la cárcel—antes de mi condena—, para decirme que si salía con «bien» me presentarían diputado en las próximas elecciones monárquicas, yo sonreí incrédulo. Hasta mi cuchitril cerrado no llegaban directamente los anhelos del pueblo. Yo, lógicamente, pensaba, que cuando todos estábamos en la cárcel, y Fermín y García fusilados, era que nuestra ideología no pertenecía al pueblo.

Y dejé marchar a aquellos hombres, convencido de que sólo habían intentado conmigo, un amable consuelo de prisión. Me engañaron. Lo que no me dijeron es que iban a traer la República.

CONTESTACIONES

Es muy fácil meterse con uno en los periódicos, cuando uno no sabe defenderse con el acero de la pluma. «A B C» no nos perdona aún habernos sublevado en Jaca. No es extraño, porque en el régimen republicano, hay muchas personas y personalidades, que tampoco nos lo perdonan.

«A B C» en cambio perdona a Berenguer los 11.000 muertos, y a Alfonso la sublevación



—¿HUELGA GENERAL?... FUSILES Y PISTOLAS

del 23. Asegura muy serio que la prueba de que el general nefasto no tuvo las responsabilidades que se le achacan, es que sólo está procesado por prevaricación en el informe de un pase a inválidos.

O «A B C» no quiere entorpecerse o en esto debe de haber una confusión.

Luego, un corresponsal de Barcelona, de esos que tuvieron por misión despertar las iras de los republicanos durante los años de la monarquía, nos ataca ya directamente a Jiménez, a Dolcet y a mí. Dice que el pueblo ha preferido nuestra ejecutoria de insensatos a la de hombres doctos de Cataluña. En eso, hemos de darle la razón al corresponsal. Indudablemente, ha sido así.

Mas no crea el amigo que la insensatez es fácil ostentarla. También hay que doctorarse para ser insensato. Y cuesta mucho más este doctorado, que el otro; el de la ciencia por la meditación.

El tercer artículo sobre "Sindicalismo", de nuestro compañero Benigno Bejarano, no aparecerá hasta el número próximo y llevará por título el ya anunciado de "El Sindicalismo. Exégesis de su ideología."



DESPUÉS...

Hoy, mis lectores, la pluma no corre bien; perdonadla. Hoy está mi musa triste; ¡respeto para sus lágrimas!

Sí; regresó a la ciudad, ayer en lucha, la calma; sí; la ciudad—como aquella—está "alegre y confiada".

Pero la musa no olvida

el recuerdo de las largas horas tristes que ha vivido la ciudad, en su borrasca. Y está triste, porque evoca escenas de "edad pasada", hombres luchando con hom-

—entre pánico y vesania—pechos jóvenes que salen al encuentro de las balas; viejos pechos que sollozan

si, cumpliendo un deber, ma-
[tan.

—
Mi musa está triste, triste;
quiere parecer galana
y flores de galanura
ante el "hecho" caen trun-
[cadas.

Quiere daros su opinión,
su impresión de la semana,
lo que vió, lo que ha escu-
[chado,

Y fué inquietud en los áni-
[mos,
y fué dolor en la entraña,
y fué oleaje avanzando
con sus olas encrespadas;
y fué un ansia de justicia
y fué de bondad otro ansia;
y fué anhelo de un ensueño
de fraternidad humana,
mezclado con el error
y con la ambición que dañan.

—
Hay paz, pero ha habido
[guerra;

hay soy, pero hubo borrasca
Y mi musa lo recuerda;
quiere cantar y no canta,
quiere reír y suspira,
quiere decir... ¡y se calla!

EL LOCO CANTOR

Suscríbase

usted

a

“LA CALLE”,

la calle

Boletín de suscripción

D. _____ que vive en _____
calle de _____ pueblo de _____
provincia de _____ se suscribe por _____
a la calle. Firma _____

Remítase este Boletín a la
Administración de LA CALLE,
Pl. Cataluña, 9.—BARCELONA

ANACRONISMOS DE LA SEMANA PASADA

Barricadas

Algunas barricadas, pusieron un matiz que destacó, por antañón, entre los no pocos y no poco lamentables anacronismos de la semana pasada.

¿Barricadas? No llegaron a tanto, los adoquines levantados. Los montoncitos que rompían el unánime «pouzée» del pavimento urbano, hubieran servido, tal vez, para dificultar el tránsito rodado, si hubiesen circulado los vehículos. El motivo, tal vez fuera éste; la intención no fué, desde luego, hostilizar desde las barricadas a la fuerza pública. Desde ellas, no salió un solo tiro. Por otra parte, nadie, de un lado ni de otro, se preocupó en ocuparlas. Tal era su escasa importancia.

Barricadas anacrónicas, aptas sólo para arremolinar a unos cuantos curiosos. Véanlas en las fotos.



Barricada de la
calle de la Prin-
cesa



Barricada levan-
tada en Coll-
Blanch
(Fots. Badosa)

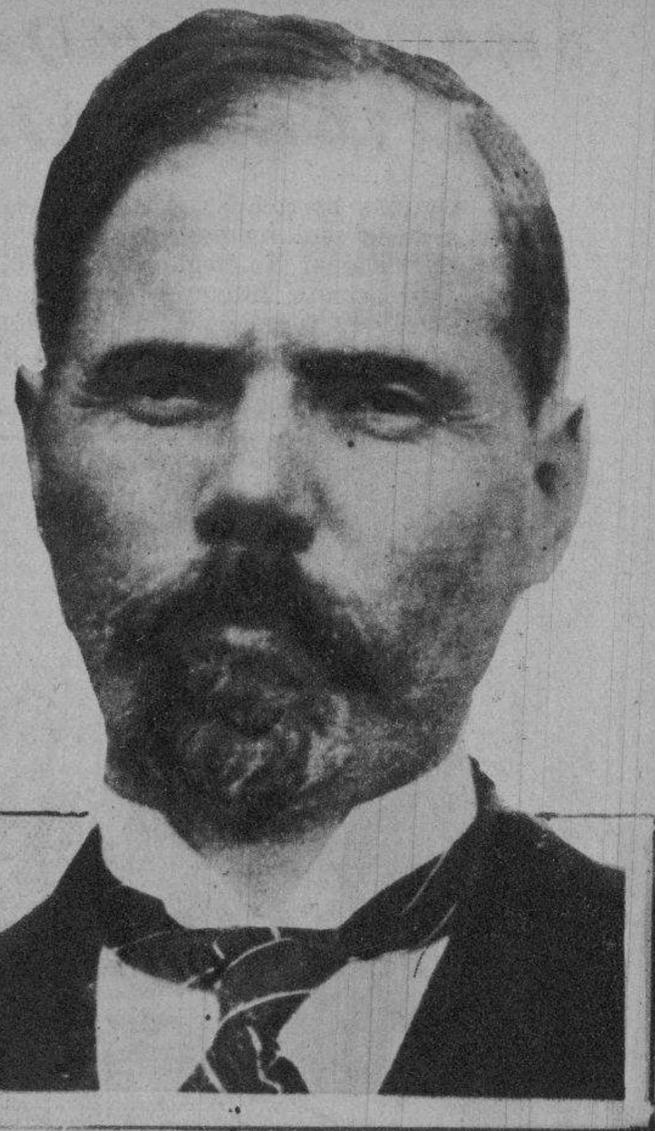
El otoño de las dictaduras

El rey de Yugoslavia abandona sus poderes personales y resucita la Constitución y el Parlamento

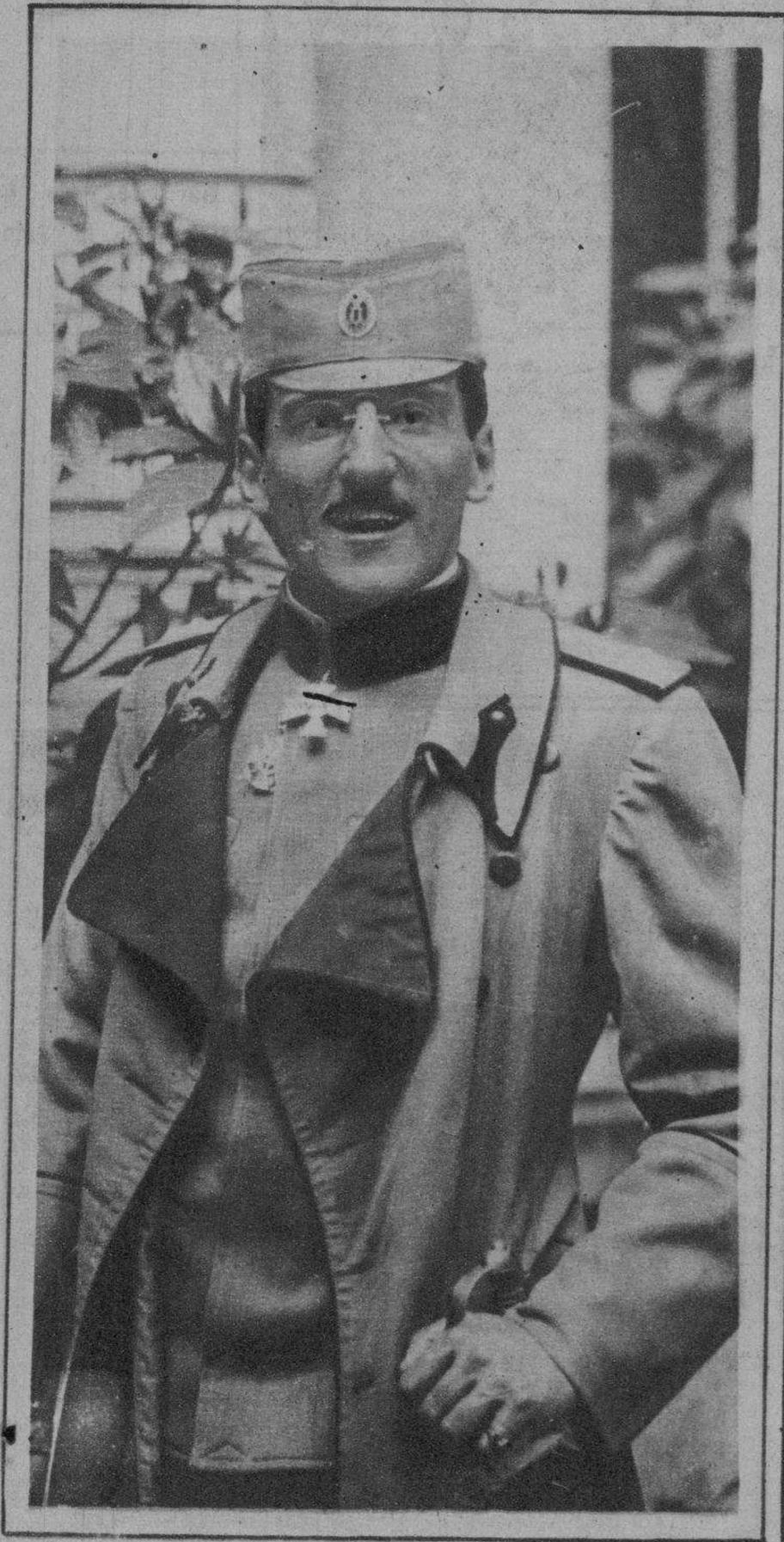
La antigua Serbia, la actual Yugoslavia, deja de estar bajo el mando absoluto del rey Alejandro y vuelve a ser una monarquía constitucional y parlamentaria: No pidamos más por ahora. Hay otra dictadura menos. Hay

un rey absoluto menos. Creyó Alejandro de Serbia que ante la desarticulación e incohesión de la política yugoslava, en la que había llegado el Parlamento a ser teatro de violencias trágicas, debía imponer su autoridad sobre los partidos y se proclamó dictador.

Hace de esto unos dos años. Al cabo de ellos devuelve sus poderes al Parlamento y da una nueva Constitución, en la que las regiones que integran Yugoslavia consignan su autonomía. Alejandro de Serbia será rey, pero no es un rey felón.



Pablo Raditch, que fue muerto a tiros de revólver en el Parlamento de Belgrado, por un diputado gubernamental, episodio dramático que fue el comienzo de la agitación política que culminó en la dictadura del rey



Alejandro, rey, pero no rey felón



Raditch, momentos después del atentado en el que perdió la vida

APUNTES

EL CATALEJO MAGICO

MISTER Bridgden ha llegado ayer del Extremo Oriente, a donde le llevaron ciertas investigaciones sugeridas por la última novela—póstuma—de Conan Doyle, referente a la existencia comprobada de indios antropófagos en las guaridas inaccesibles de los Vindhias.

Mister Bridgden, que es inglés, cuenta entre sus múltiples particularidades la de distinguirme con un afecto infrecuente en su raza, especialmente cuando se trata de prodigarlo a los españoles. Conviene consignar que los motivos que tiene mister Bridgden para honrarme con su estimación son de los que obligan eternamente a un caballero. Es inútil esperar que los relate, porque sería preciso escribir una larga novela. Sólo diré que en cierta señalada ocasión, no olvidada jamás por mi británico amigo, yo salvé la vida a mister Bridgden. Es una historia singular. Desde aquel día, mister Bridgden me llama novelescamente "su salvador", y es tal la sumisión espiritual a que le ha llevado su gratitud, que está siempre dispuesto a secundar mis mayores despropósitos o a ratificar ciegamente las afirmaciones más estrafalarias que pudieran derivarse de mi habitual ligereza. Si yo dijera, por ejemplo, que Alcalá Zamora no va a misa, mi amigo se apresuraría a confirmar, poseído de la certidumbre gratuita del fanático:

—Es cierto. Lo sé.

Imagínense ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me habrá ocasionado mister Bridgden al negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije—. ¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría enseguida, de ser verdad?

—Naturalmente. ¿Y usted no lo ha notado?

—En absoluto. Por eso sos-

Por BENIGNO BEJARANO

pecho fundadamente que me gasta usted una broma. Vamos, confiese usted que se burla de mí—sonrió.

—Le juro a usted, mister Bridgden, que le hablo con absoluta seriedad—aseguré—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—desechó sonriendo, obstinado en su incredulidad.

Consideré que había llegado el momento de sentirme ofendido y le expuse gravemente que su conducta no correspondía a la seriedad de un "gentleman" ni a la deferencia obligada de un amigo.

No contestó, acaso por evitar la cuestión personal que comenzaba a dibujarse en el fondo de la porfía. Pero yo comprendí perfectamente que mister Bridgden seguía dudando que los españoles habíamos proclamado la República e hice ya una cuestión de amor propio el demostrárselo de una manera evidente y rotunda.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parece cosa halagadoramente fácil. Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más duchos en política a que ensayen el procedimiento de buscar mentalmente un testimonio que dé fe de la existencia de la República en España, y les declaro fracasados desde ahora mismo. No hay manera.

Yo pensé, naturalmente, en todas las cosas que el paso de una Revolución suele transformar inexorablemente: monopolios, orden público, trabajo, dignidad ciudadana, administración... Examiné una por una todas estas cuestiones, bajo la devoción escrupulosa del hombre picado en su amor propio, pero me encontré con la dolorosa decepción de que todas continuaban igual. Yo pensaba haberle dicho al inglés:

—He aquí el testimonio, caballero. Usted recordará que en España existía el monopolio X. El monopolio X no era otra cosa que una caverna de ladrones autorizados por la ley para robarnos un riñón a cada hijo de vecino. Pues bien, el monopolio X ya no existe, sus componentes están en la cárcel y ocho piquetes hacen instrucción militar a estas horas para ejecutarlos antes de un mes. Ya comprenderá usted, mister Bridgden, que esto solamente ha podido traerlo una revolución.

Y el inglés hubiera quedado convencido.

¿Pero tenía yo pruebas de esta naturaleza para convencer a mi aimgo?

No, desgraciadamente. No había ni una sola. Creo que comencé a sudar copiosamente ante la vergüenza de mi fracaso. Sentía extraordinariamente quedar afrentado ante mister Bridgden. Volví a reflexionar, a pensar...

Al cuarto de hora tuve una idea luminosa. ¡Por fin había encontrado el testimonio!

—Acompañeme usted—dije febrilmente a mister Bridgden, tirándole de la chaqueta.

—¿A dónde vamos?—preguntó.

—A demostrarle a usted que en España existe la República.

Se dejó conducir, y un cuarto de hora después nos deteníamos frente a la alta fachada de un edificio público. Hice que mi amigo elevara la vista hasta cerca del tejado.

—¿Qué ve usted allí—le dije.

—Nada.

—¿Nada? — me extrañé—. ¿Cómo es eso?

—Soy miope—me declaró.

Sentí ganas de acogerlo; pero firme en mi empeño patriótico de no dejarle sucumbir en la dura ofensiva, le hice esperar un cuarto de hora y fui a mi casa en busca de un catalejo, herencia familiar de un tío de mi mujer que se volvió loco cuando estaba a punto de descubrir la estrella 18.934.517. ¡Sensible pérdida para la ciencia!

Entregué el catalejo a mi amigo con la indicación de que lo enfocase a la cresta del edificio.

—¿Qué ve usted?—volví a preguntarle.

—Veo—contestó el inglés mirando atentamente por el tubo cilíndrico—. Veo, sencillamente, un escudo de España.

—¿Y más arriba?

—Más arriba hay una tela que cubre la parte superior del escudo.

—Así es—confirmé—. Esa parte cubierta del escudo es la antigua corona real, tapada con un saco. Razone usted ahora, amigo. ¿Estaría cubierta esa corona, símbolo de la monarquía, si en España no se hubiese proclamado la República?

El inglés me devolvió el catalejo, completamente aplastado.

—No hay duda—contestó—. El testimonio es irrefutable. Ahora me ha convencido usted de que España ha pasado por una Revolución. Pero créame que si usted no dispone providencialmente de ese catalejo, me vuelvo a Londres con la duda. Es asombroso, asombroso...

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos

UNA CHARLA EN EL SALON DE CONFERENCIAS

LO QUE DICE EL DIPUTADO POR CATALUÑA, EX COMANDANTE DON ANTONIO JIMÉNEZ

DECAE el interés del debate, se despuebla el salón de sesiones de la Cámara, y los pasillos se animan gr.n.e. en te... En el Salón de Conferencias, descubro al comandante don Antonio Jiménez, diputado por Cataluña, hombre de espíritu vigoroso, de clara inteligencia, luchador entusiasta, abogado de la Confederación Nacional del Trabajo, por lo que fué perseguido despiadadamente por la dictadura.

Le abordo; se resiste a hablar, por modestia, pero al fin, venzo esta resistencia. Le pregunto:

—¿Qué sensaciones más intensas guarda de su vida militar, de disciplina, tanto alegres como dolorosas?

—¿Alegres?... poquíssimas, por no decirle que ninguna... La disciplina militar de mis primeros tiempos en el Ejército, era algo ridículo... Entonces, la razón se llevaba en las bocamangas de la guerrera. La discusión imposible en todos los órdenes y en todos los campos. No se podía replicar, ni contestar... El que manda manda y cartuchera en el cañón, era el lema incontrovertible de aquella disciplina. Después fué modificándose poco a poco y ya cabía la discusión razonada, pero sinceramente y con nobleza debo decirle que como el personal de jefes y oficiales del Ejército, salvo honrosas excepciones, está entregado por completo a la rutinaria doctrina de los reglamentos y de la vida cuartelera, cuando un inferior está cargado de razón, surge generalmente la discusión, el exabrupto del superior, que pone fin al razonamiento. ¿Dolorosas? Muchísimas. Le llenaría varios números de su periódico... Cuento usted que he intervenido como defensor en 85 procedimientos militares... ¡Cuánta injusticia! Ahora, cuando se comiencen las responsabilidades, ya verá lo que irá saliendo... En fin, pase-mos por alto esta cuestión, que me excita los nervios con sólo su recuerdo, sobre todo cuando al pensarlo veo que el

P o r J . L . B .

Gobierno de la República comienza a reproducirlos...

—¿En dónde sirvió y en qué hechos de armas tomó parte?

—Al salir de la Academia fui destinado al regimiento de Borbón, de guarnición en Málaga, que era la antesala de Marruecos por aquel entonces, en franca rebeldía. Pronto, a los pocos meses, hube de salir con mi regimiento para Melilla. Allí estuve cuatro años, hasta que muerto mi padre y hartado de aquel espectáculo, decidí marcharme lo más lejos posible de Marruecos, y fué cuando alcancé mi destino en Barcelona... Era en mayo de 1914, y ya no he vuelto a salir de allí. ¿Hechos de armas? Muchos. Con decirle que estuve allá desde 1910 a 1914, le digo todo... Repase en su memoria y recuerde aquella época de Marina, Luque y Jordana de altos comisarios... El Harcha, Los Talusit, Ifratuata, Monte Arruit, Jadimen, Tauriat Zar, etc., etc... La muerte del general Ordóñez. Todo ello lo recuerdo con dolor, porque me trae a la memoria que aquello es un enorme cementerio de juventudes españolas, aprovechado sólo por unos cuantos vividores con influencia.

—¿Por qué se apartó del Ejército?

—Para ingresar en la política abiertamente; para luchar en pro del obrero, guiado por un hondo sentimiento humano... Para comenzar como hombre de acción a examinar desde el régimen republicano, a dónde por movimiento evolutivo puede llegarse... Comenzando actualmente por la capacitación necesaria, pues para un avance es preciso que los hombres sepan a dónde van, y eso sólo es posible corregirlo con un régimen republicano de izquierda... Nuestro partido de Extrema Izquierda Federal, se presta a ello.

—¿Cuándo estudió la carrera de abogado?

—Al advenir la dictadura.

Esperé el resultado de la letra que a noventa días prometió aquel dictador, y al transcurrir el vencimiento me matriculé en Barcelona... Ya le dije antes que mis sentimientos republicanos van unidos al sentimiento obrerista... Yo había intervenido como defensor en varios Consejos de guerra, y comprendí que eran necesarios abogados que los defendieran de corazón, y así lo hice... Nada me arredró, ni al verme en la Universidad entre chicos de diez y seis o diez y siete años, ni los dos suspensos con que me obsesquiaron algunos catedráticos reaccionarios...

Durante la dictadura.—Procesos y persecuciones

—¿En qué situación espiritual estuvo con la dictadura?

—De rebeldía, pero de rebeldía clara, concreta y manifiesta en cuantos momentos se presentaron. En el cuartel, en el foro, en el café, en los mitines, en la Prensa... Yo he tomado parte en todos los complots, he asistido como miembro activo a todas las conspiraciones, desde la primera a la última, jamás sentí pesimismo... Sabía, y muchos de los que lean esta entrevista saben que es cierto, que con constancia el triunfo era nuestro. Como le aseguro que, con constancia, España llegará a su salvación, en una República de Izquierdas bien definidas.

—¿Cuántas persecuciones, procesos y encarcelamientos ha sufrido?

—Persecuciones sinnúmero. Primero por parte de las autoridades militares y civiles; siempre llevaba de cola algún agente de policía... Después ya se atrevieron conmigo hasta los aspirantes del Cuerpo de Vigilancia. He sufrido registros domiciliarios de los más bajos e indecentes que pueda usted imaginarse... Uno de ellos lo hicieron los agentes de policía Clé y Polo y un capitán de la Guardia Civil que había de llevarme pre-

so a Montjuich. Entraron en mi casa a las dos de la tarde, y duró el registro hasta las seis. Recuerdo que mi mujer estaba enferma en cama, y la hicieron levantar con 39 grados de fiebre, para ver si había documentos entre los colchones.

A esos agentes los tiene la República todavía en sus puestos, a pesar de que contra la ley hicieron el registro, sin atenerse a la Ley de Enjuiciamiento Criminal ni al Código Militar. En Montjuich he estado tres veces. La primera fué cuando la cuestión de la noche de San Juan. La segunda el 2 de octubre de 1928, que me tuvieron veintidós días incomunicado, con centinelas dobles para mi custodia, y tres meses preso. La tercera fué el día 14 de diciembre de 1930, que estuvimos diez compañeros, entre los que estuvo el pobre Sancho, y salimos los nueve restantes el 10 de marzo del 31, un mes antes antes del alzamiento de la República. Además, he tenido varias suspensiones de empleo y sueldo por mis defensas. Procesado he estado tres veces, dos por la jurisdicción de Guerra y una por el Juzgado especial que en Madrid estableció el dictador...

Actuación en la política de izquierda.—La candidatura

—¿Por qué se decidió a militar en política de izquierda?

—Después de lo dicho, creo que la pregunta se contesta por sí misma; pero hay una razón más poderosa: yo milito en izquierdas porque estimo que la misión del hombre de izquierda es preparar el paso del régimen actual a la situación venidera social en forma que el choque que se produzca no sea violento, sino que se aproximen el capital y trabajo hasta que puedan convivir en una sola mano. Dar la guerra al capital preparando al obrero para que pueda hacerle al patrono la competencia legítima en la fabricación y venta de productos; en la producción y venta en general,

pasando por los organismos intermedios con absoluta competencia y el crédito necesario, y eso, las derechas no pueden hacerlo en forma alguna. En cambio, una izquierda republicana bien organizada, llegará pronto a ello.

—¿Figuró en la candidatura de la izquierda catalana?

—No... El partido de Extrema Izquierda Federal, no existía cuando se formó la "Esquerria de Catalunya". Este partido nació después del advenimiento de la República, y tuvimos que ir a las elecciones de diputados en conjunción con los federales históricos... Obtuvimos en la primera elección 19.000 votos entre la capital y la provincia. A la segunda elección fuimos solos, y obtuvimos, entre la capital y la provincia, 69.000 votos.

La constitución de la Cámara.—El Gobierno que suceda al actual

—¿Qué juicio le merece la constitución del actual Parlamento?

—Es una cosa ésta muy difícil de enjuiciar. En este Parlamento han entrado los 480 diputados distribuidos por unas minorías que yo espero que dentro de poco estarán agrupados de diferente modo. Lo ocurrido ha sido que para formar parte de candidaturas para la elección, los pretendientes se han agrupado en partidos que creían en sus respectivas ideologías, y ahora dentro del Parlamento, cuando éstas se definen claramente, cada cual se acerca a aquellos que piensan del mismo modo, pero en el campo de las realidades.

—¿Opina que una vez aprobada la Constitución podrán continuar estas Cortes, como ordinarias?

—Deje que no sea muy explícito en esta cuestión. tica del Gobierno que suceda al actual?

—Para mí, ahora está eso en el misterio,

El fracaso que espera a los socialistas

—Deshecha la conjunción republicano-socialista, ¿conseguirán los socialistas el número de actas que han obtenido en estas elecciones generales?

—Si en las circunscripcio-



—¡NO PASAREIS!

nes de provincias, los republicanos se deciden a hacer política de izquierda, y dan importancia a la palpitante cuestión social, yo auguro a los socialistas un fracaso formidable. Estos no se preocupan de la cuestión obrera. Están demasiado enfrascados en la política de burguesía, y sus militantes ya se han dado cuenta de ello. Son horas las de España, demasiado críticas para preocuparse de discusiones superficiales, como hacen en el partido socialista, que ahora, por su predominio, pudo lograr algo para el proletariado, y no ha hecho nada.

—¿Por qué aceptó ser abogado de la Confederación Nacional del Trabajo?

—Porque es una organización digna de que aquellos que se tienen por intelectuales dejen ya de lado el creer en ese sindicalismo de leyenda que pintan los patronos, la policía y la Prensa de empresa, y vuelvan hacia ese organismo los ojos y lo estudien íntimamente, de manera positiva y práctica, y se den cuenta de lo que es, lo que representa y lo que vale... Que no lo confundan con el pistolero ni el terrorismo, que desciendan hasta su fon-

do y piensen sobre ellas, su verdadero fin y sus medios dentro de los elementos sanos, los más numerosos entre ellos, y entonces comprenderán que no sólo no se deben oponer a su organización, sino que se les debe ayudar sin necesidad de que pidan.

La lucha de la Confederación Nacional del Trabajo

—En la lucha actual del problema proletario, ¿opina que la Confederación obra por justicia?

—En absoluto, mi querido amigo. Piense usted la lucha que han tenido que sostener durante la última década... España entera contra ellos. Recuerde que de sus primeros militantes pocos quedan vivos, y sin embargo, vea usted la firmeza y el tesón con que se sostienen, y cada día se les acercan millares de obreros en demanda del carnet confederal. La Confederación se permite el no admitir en su seno a aquellas personas que no son dignas de ingresar entre sus afiliados. Vea usted que cuantos conspiraban les pedían ayuda, y sin embargo vea usted el propio Gobierno

actual, que les debe la vida y el puesto, son los primeros que tratan de deshacerlos.

—¿Cree que los Sindicatos pueden llegar un día a perder su apoliticismo, para convertirse en un partido de extrema izquierda, toda vez que hoy, este partido no existe?

—Sería la muerte de la C. N. T. El día que se pierda se apoliticismo se acabó la Confederación. Yo no creo necesario que tal apoliticismo desaparezca, es bastante con que dentro de la organización exista siempre, y que cada individuo, después fuera de ella como ciudadano libre, haga lo que le plazca... Ya sabe usted que dentro de la Confederación, por su idiosincracia especial, caben hombres de todas las ideas políticas, desde la más extrema derecha a la más extrema izquierda, y a todos les une hoy... el bien común, el fin social, dentro del organismo. Además, existe hoy el partido nuestro, el de la Extrema Izquierda Federal, que políticamente, siente la misma ideología.

El comunismo en España

—¿Cree que el comunismo adquirirá carta de naturaleza en España?

—No. En España, los obreros no son comunistas. En su mayoría, son opuestos a las dictaduras, sean de guante blanco o de guante rojo... Yo conozco bien la lucha, el esfuerzo que hacen los comunistas, y nada consiguen.

El Estatuto Catalán y las Cortes

—¿Se aprobará el Estatuto Catalán íntegramente?

—Creo que sí. Mejor dicho, puedo asegurarle que sí. Lo van a combatir aquellos viejos políticos que tienen el historial centralista y unitario, hombres reaccionarios que hoy, en España, ya sabe el pueblo sobradamente qué es lo que representa nuestro Estatuto. Es doctrina de izquierdas, y por lo tanto es señal de avance, y ante eso, el pueblo se rinde, porque esa es su corriente.

El debate en la Cámara se ha pasado a la discusión del anima... del orden del día se proyecta de Constitución...

No quiero entretenerle por más tiempo... Le doy las gracias y un efusivo apretón de manos...

LOS APOSTOLES DEL PUEBLO

FERMIN SALVOCHEA, EL SANTO LAICO

ESTA figura revolucionaria española, que en "La Bodega", de Blasco Ibáñez, se llama Salvatierra, expresando justamente el novelista valenciano con este apellido de ficción el anhelo constante del perpetuo reivindicador de los derechos de los labriegos andaluces, que no fué otro el de Fermín Salvochea que el de "salvar la tierra" de Andalucía del feudal latifundio, la presente generación la ha echado en olvido.

Y, sin embargo, pocos de los españoles que ahora contamos cuarenta años, podemos echar una mirada retrospectiva, sin que tropecemo con aquel prócer caballero gaditano que, desatendiéndose de la tradición de su casa y de su abolengo se entregó totalmente a la defensa de los desheredados para ser únicamente el camarada Fermín Salvochea. Aún sigue grabada en nuestra memoria su sobria elegancia británica, cuando en los mítines, sin contraer siquiera un músculo de su cara, ni hacer un ademán dislocado, la cálida palabra de Fermín Salvochea se adentraba en todos los corazones de los que le oían, subrayando sus no muy elocuentes párrafos, con exclamaciones de "es un santo".

Toda su vida, desde 1866, que regresa de Inglaterra, en donde residió de los quince a los veinte años, para tomar parte en los sucesos del cuartel de San Gil, así como en la revolución de septiembre, hasta la huelga revolucionaria de Jerez, de 1892, fué dedicada a la causa de la libertad.

Por su significación de hombre liberal y demócrata, fué nombrado individuo de la Junta de gobierno provisional, habiendo peleado, en 1869, en las guerrillas republicanas. Elegido diputado para las Constituyentes de 1873, luchó en el Congreso para que el Código fundamental de la nación recogiese todas las libertades dignas de una República.

Al principio del reinado de D. Alfonso XII, por su labor revolucionaria, se le condenó a perpetuidad en el Peñón de la Gomeña, donde permaneció siete años, hasta que logró escaparse, sin aceptar el indulto que se le había concedido.

Huyendo, pasó al Extranjero, en donde tradujo al castellano a Kropotkin, regresando a España a raíz de la muerte de Alfonso XII, y continuando su vida de irreductible rebel-

Por ANTONIO ORTS-RAMOS

ción obrera que, al repetirse al año siguiente de modo tumultuario, fué por este motivo encarcelado de nuevo, no gozando de más libertad en el resto de su vida que los años que van de 1899 a 1907, en que murió, y durante los cuales, su figura pulcrísima y atildada gozó de gran popularidad en toda España, y su nombre pronunciado por todos los españoles con sentida respetuosidad.

Y es que Fermín Salvochea, con la resignación apostólica de los elegidos, recorrió todos los presidios de España y pasó todas las amarguras por defender su causa, que era la de los desgraciados, saliendo siempre de las tenaces persecuciones de que los gobiernos monárquicos les hicieron víctima, con su fuerte espíritu más templado y con su ardor revolucionario más encendido.

Nada ni nadie le pudo hacer abdicar de su ideal. Por él se arruinó, y por él perdió mil ocasiones de rehacer la fortuna que en la propaganda de sus ideas gastó.

Pero tuvo la satisfacción de que toda España y toda clase de gentes se inclinaron ante la pureza de sus ideales.

En los últimos años de su vida, un tanto desengañado, toda su pasión la dedicó a la fraterna amistad que lo unía al gran filólogo Eduardo Benot, gaditano como él. Y lo más extraño de este postrer reducto del gran corazón de Fermín Salvochea, fué que jamás exteriorizó con palabras el cariño que sentía por su amigo. Juntos marchaban horas y horas sin dirigirse la palabra. En verano, que los dos solían pa-

sarlo en Cádiz, paseaban por la playa, y cuando sentían deseos de bañarse, se desnudaban en silencio ambos amigos, y entonces uno decía al otro: "¿Vamos?" "Vamos", asentía el interrogado, y se metían en el mar.

Y al morir su entrañable amigo, no pudo Salvochea seguir por la vida solo y casi olvidado, bajando a la tumba a los pocos meses de fallecer Benot, su ilustre paisano.

El santoral laico contaba ya con otro mártir: Don Fermín Salvochea.



Fermín Salvochea.

LA CALLE publicó, en su número del día 3 del pasado julio, un reportaje de nuestro estimado colaborador Sáinz de Morales con el caudillo del movimiento revolucionario del 83, en Seo de Urgel, don Francisco Polo.

Este ciudadano ha recibido del Ayuntamiento de Ateca, su pueblo natal, la siguiente carta, que con gusto transcribimos:

"Alcaldía Constitucional de la Villa de Ateca.

Sr. D. Francisco Polo Floren
Muy señor mío y amigo:
Por la presente remito a usted título de nombramiento de Ciudadano Ejemplar de esta Villa, hecho por esta Comisión municipal en la se-

Homenaje a D. Francisco Polo

sión celebrada el 15 del corriente mes.

Al mismo tiempo le manifiesto que dicha Municipalidad tiene acordado invitar a usted a las fiestas que el próximo septiembre —día 8— se celebrarán en esta localidad, con el fin de, en dicho acto, llevar a efecto el humilde homenaje que este Ayuntamiento se propone rendir a usted.

Dicho acto consistirá en el reparto entre los niños de las escuelas públicas, de un folleto descriptivo de los sucesos en que tomó parte y por los cuales fué condenado a muerte. Como igualmente,

el de colocar su fotografía en el salón de actos de esta Corporación, con la que se inaugurará la galería de retratos de hijos notables de este pueblo.

Gustosamente transmito a usted los anteriores acuerdos tomados por el Ayuntamiento que me honro en presidir, a la vez de interesarle se digne indicar si el expresado día ocho de septiembre tendremos la verdadera satisfacción de estrechar sus manos.

Como siempre, le saluda afectuosamente su atto. S. S. y amigo, Enrique Bendicho.

Título de nombramiento de Ciudadano Ejemplar de esta M. N. y L. Villa de Ateca hecho a favor de don Francisco Polo Floren.

Esta Corporación municipal, en la sesión ordinaria celebrada por la misma con fecha 15 del mes en curso, entre otros acuerdos y por unanimidad absoluta, se adoptó el de nombrar Ciudadano Ejemplar de esta M. N. y L. Villa de Ateca, a don Francisco Polo Floren, en atención a la consecuencia política y penalidades que por el ideal republicano sufrió dicho señor. Ateca, 18 de agosto de 1931. Siguen las firmas de todo el Ayuntamiento."

POR QUE ME ENCARCELARON

HABLA JOSE SIMON VALDIVIELSO, REDACTOR JEFE DE "HERALDO DE MADRID"

ESTE buen periodista, de espíritu combativo y audaz; pulcro de estilo y de procedimientos profesionales y penales; leal para el amigo e implacable para el enemigo, fué, tuvo el honor inmarcesible de ser la primera víctima que la fenecida dictadura hizo entre los "chicos de la Prensa".

He aquí lo que nos dice a propósito de su encarcelamiento el redactor jefe de "Heraldo de Madrid".

Un poquito de historia

—En diciembre del año 1921 fuí a Melilla, enviado especial de "Heraldo de Madrid" para contar a sus lectores las cosas que pasaban en aquel territorio como consecuencia de la catástrofe de julio. Regresé en abril y me encontré con que la campaña por las responsabilidades de lo ocurrido en Africa, había desatado las pasiones. Se hablaba mucho, a gritos y con escaso fundamento. Unos interesados en polarizar la atención sobre un solo responsable, el de personalidad más destacada y brillante, a fin de que las responsabilidades suyas pasasen inadvertidas. Otros por afán de vengar viejos rencores personales. Quiénes acuciados por la pasión verde de la envidia. Y los más por estulticia, por desconocimiento y por ancestral influencia judaica que les hacía desear una víctima y que no fuese precisamente Barrabás, el hecho es que había un verdadero oleaje de hostilidad contra el general Berenguer.

Por creer que esto era excesivo y por lo tanto injusto, para evitar que los pillos animadores de este movimiento a cuyo socaire querían desvanecer las propias culpas, se salieran con la suya, y no poco por espíritu quijotil, que siempre me lleva a ponerme de parte del más débil contra el más fuerte (¡así me va en la vida!), hice mía la causa de don Dámaso Berenguer, y al tiempo que Gregorio Corrochano en "A B C" y "El Tebib Arrumi" en "Informaciones", yo grité en el "Heraldo de Madrid": "¿Es respon-

Un poquito de historia.—Un consejo de Guerra, verdaderamente ejemplar.—El verdadero motivo de mi encarcelamiento.—Por que me indultaron.

Por RAMIRO GOMEZ FERNANDEZ

sable? Bien; exigirle responsabilidades, pero las suyas, nada más que las suyas, no las de todos. Y exijanseles responsagilidades también a todos los que las hayan contraído, de el más alto—oer muy alto que esté— al más bajo. Y veamos ahora quién le va a juzgar". Y en uso del derecho que la Ley me concedía como ciudadano español, hice en un artículo la recusación de la mayor parte de los jueces, señalando las causas—enemistad personal con el procesado—de su incompatibilidad.

Y el fiscal estimó que en este artículo existía intención injuriosa para el Consejo Supremo de Guerra y Marina, denunció el artículo, me procesaron y, como primera providencia, ¡a la cárcel!

Veinticuatro horas de encierro, y en libertad provisional

—Al día siguiente de mi detención, los compañeros que hacían información en el ministerio de la Guerra, comentaron el suceso ante el subsecretario que lo era a la sazón el general Barrera; y éste, que me honraba con su estimación y su amistad, hizo personalmente una gestión cuyo resultado fué que se me pusiera en libertad a las veinticuatro horas de haber sido encarcelado.

Un Consejo de Guerra verdaderamente ejemplar

—Como todo llega en este pícaro mundo, transcurrido que fué el plazo de instrucción de mi sumario, llegó el momento de que compareciese ante el Consejo de Guerra que había de juzgarme

Es una cosa impresionante un Consejo de Guerra, muy

decorativo, algo de dramatismo de "film" ruso. Aquellos señores con sus brillantes uniformes y sus entrecejos fruncidos. No es cosa que se olvida fácilmente, créame. Si yo no fuera como soy un poco escéptico y un poco fatalista, me hubiera asustado bastante. Es posible que después en la cárcel, hubiera soñado muchas noches con la terrible escena.

En este Consejo mío ocurrieron cosas bastantes pintorescas. Una de ellas, las manifestaciones del presidente, que antes de comenzar el acto no se recató de decir en voz alta: "A mí no me interesa saber si este señor (este señor era yo) tiene razón o no. Yo voy a condenarle de todas maneras porque yo he de salvar mi responsabilidad". Se refería al decir esto a una disposición reciente en la cual se conminaba con sanciones a los Consejos de guerra por lenidad en sus fallos y como ya se habían impuesto correctivos por dichos conceptos, los componentes de los Consejos iban a juzgar coaccionados, atentos, como decía el presidente del mío, "a salvar su responsabilidad". De forma que por obra y gracia de la dichosa disposición yo iba ya prejuzgado.

El fiscal de la plaza envió un suplente, un capitán del Cuerpo jurídico, con quien me unía alguna amistad. Esto me hizo decirle a mi defensor, el querido compañero y excelente letrado Antonio Vidal y Moya; "Antoñito, estamos de enhorabuena; el fiscal es amigo y me tratará con consideración". Pero empezó el Consejo y sí, sí, ¡para que te fies de los amigos! Hizo un alegato acusatorio en que con un calor y una fuerza suatoria extraordinaria, se obstinaba en que se me impusieran ocho años y un día de prisión! "¡Qué amigos tienes, Pepito!", me decía Vidal y Moya, por lo bajo, y no tenía razón. Luego supe que el

pobre cumplía una consigna severa.

Al terminar el fiscal su informe, mi abogado me hizo una brillantísima defensa y a seguido el presidente formuló las preguntas de ritual "¿Tiene usted algo que añadir?", interrogó al fiscal. "Nada", respondió éste. "¿Tiene usted algo más que decir?", inquirió de mi abogado y éste "Nada", insisto en la inocencia de mi patrocinado"; y entonces surge lo anómalo, el fiscal que dice "¡Ah! entonces yo si quiero hablar" y el presidente le concede la palabra y me coloca un nuevo discursito como para mondarme. "Yo también deseo suplicar", dice Vidal y Moya, pero a mi abogado no se concede lo que se concedió al fiscal, y se da el caso, quizá único, de un juicio en el que la última voz que se oye es la de la acusación. Pero todavía hay más y es que cuando ya han hablado defensor y fiscal, es decir, cuando yo ya estoy indefenso, se autoriza al asesor jurídico para que me haga su interrogatorio, y éste me lo hace también de acusador, un interrogatorio en que las preguntas capciosas y envolventes fueron a modo de carrera de obstáculos, que tuvo que salvar mi ingenio como pudo. Total, una condena a seis meses y un día de prisión correccional... y ¡gracias!

¡Váyase Vd. tranquilo!

—Mi causa pasó a la Auditoría para informe, y en ese interregno yo me fuí del "Heraldo" cuando cambió la empresa. A poco de mi salida de dicho periódico me propusieron ir a la "Voz de Guipúzcoa", de San Sebastián, y yo, antes de aceptar, consulté con el general Vallespinoza, auditor de la primera región, el cual me dijo: "No tenga usted cuidado. Su causa dormirá en la Auditoría hasta que surja una amnistía que la comprenda. Váyase usted tranquilo", y me fuí.

Y aquí viene el verdadero motivo de mi encarcelamiento

—En San Sebastián, diez días antes del golpe de Estado, tuve yo conocimiento de lo que se preparaba y aunque la cosa era grave, como mis noticias eran de procedencia tal que no podía dudar de su veracidad, me lancé a hacer una información anunciando con detalles lo que iba

a suceder el día 13 de septiembre. ¡Dios mío la que se armó! No quiero yo caer en la petulancia de creer que mi información estuviera a punto de hacer abortar el movimiento, no. Lo que sí afirmo es que no agradó a los conspiradores: que impidió que una muy alta personalidad pudiera aparecer como sorprendida por los facciosos, ya que, lo mismo que todos los que en aquellos momentos se hallaban en San Sebastián, debió enterarse por mi información de lo que se tramaba. Resultado: El 13 de septiembre Primo se erige en dictador de España. El día 20 de dicho mes recibí yo orden de constituirme en prisión a cumplir mi condena. La causa Vallespinosa había hecho dormir fué despertada por la férrea mano dictatorial. Había que empezar demostrando que aquel era un Gobierno con "riñones" que venía a sentar la mano a los levantiscos. Mi caso era pintiparado a sus propósitos. Un periodista, para que sirva de ejemplo a los demás. Un periodista modesto cuya prisión meterá poco ruido. Así fué. Las primeras voces que se alzaron en mi favor las calló la censura (resorte fundamental de Gobierno del dictador, que subsistió para mantener vivo el fuego sagrado del odio a... que pasó y quien sabe si para crear un rencor nuevo) en cumplimiento de órdenes severas. Y nada más. La petición de mi indulto, formulada por todas las Asociaciones de la Prensa de España, fué denegada, y Valdivielso empezó a contar los días que faltaban para extinguir seis meses en la celda número 21 de la primera galería en la Prisión Celular de Madrid.

La cárcel

—El día 26 de octubre de 1926, hice mi ingreso en la prisión. En una oficina que hay fuera del rastrillo, me hicieron la ficha correspondiente, unos oficiales del Cuerpo de Prisiones, muy atentos, muy correctos, muy cordiales, que tuvieron para mi frases corteses de admiración y aliento. Terminada la ficha, salí acompañado de uno de aquellos oficiales. Ibamos bro-

CARRERAS POR CORRESPONDENCIA

Pedir Libreto gratis. Popular Instituto Politécnico. Apartado número 105, SEVILLA

meando, sonrientes, cuando llegamos al rastrillo, y tras-puesto que lo hubimos, la expresión de mi interlocutor se tornó severa, y con voz autoritaria me ordenó: "¡Cúbrase!". Luego, en el Centro de Vigilancia, me pusieron en rueda con cinco delinquentes profesionales que, como yo, ingresaban aquel día. Yo fumaba un pitillo. El mismo oficial de antes, sacando la cabeza por la ventana de la oficina me fulminó: "¡Aquí no se fuma; tire ese cigarro!". Con sinceridad, estos dos detalles me impresionaron bastante, abatieron mi ánimo un momento, pero reanimé pronto. Yo no soy un delincuente —me dije—, todo esto no tiene para mí valor de injuria. Yo, aquí, no soy un protagonista, soy un espectador y esto, como espectáculo, no se puede negar que es muy interesante. Y en efecto, lo es. No le cuento a usted cosas de mi permanencia en la Modelo, en primer término, por no hacer esto largo y fatigoso, y en segundo lugar, porque pienso yo escribir un libro con el título: "Cuatro meses y diez y ocho días en la cárcel. — Recuerdos de un periodista". Perdóneme usted el pequeño egoísmo de reservarme el tema.

Por qué me indultaron

—No cumplí la totalidad de mi condena. A los cuatro meses y diez y ocho días de prisión, fuí indultado. Lo que no pudo conseguir toda la Prensa de España, lo logró el Jefe Superior de Policía de Barcelona. Acababa de tener el éxito de Garraf. Vino a Madrid y unos familiares míos (sin mi autorización) le pidieron que intercediera en mi favor. El, dijo al dictador: "¿Por qué no se indulta a ese muchacho periodista, a Valdivielso?" "¿Tiene usted interés"—respondió el presidente—. "Me agradaría". Veinticuatro horas más tarde, en virtud de orden telegráfica de la Presidencia, se me ponía en libertad. Esto es tan elocuente que no necesita comentario. ¿Verdad? Es decir, sí, un comentario breve. Madrid.

Anuncie usted en LA CALLE

EL DOLOR



NO HACE
ESTRAGO ALGUNO
A LOS QUE POR
SABIA PRECAUCIÓN
TIENEN EN CASA
UN FRASCO DE

**CEREBRINO
MANDRI**

ESPECIALIDAD NACIONAL

Muebles Urrutia

Dormitorios - Comedores - Recibidores
Despachos, etc. - Estilos clásicos y modernos

Facilidades de pago a precio de contado

CARMEN 14. (junto Ramblas)

¿Sufre V. del
estómago?
TOME

GASTROVANADINA
Doctor COQUILLAT

y curará radicalmente

Polvo.-Cura el exceso de ácido (Hiperclorhidria), etc. Caja, 4'15 y 2'35 Ptas.
Elixir.-Cura la falta de ácido (Hipo-clorhidria), etc. Frasco, 4'65 pesetas.

LAS MANIOBRAS
EN EL NORTE

EL EJÉRCITO
DE LA
REPÚBLICA
EN EL PAÍS
VASCO-
NAVARRO



El general Villa Brille, revistando una
sección de bicicletas



El rancho, en el pueblo de Beasain



El general Villa Brille, al llegar a Beasain



Una columna, entrando en
un pueblo guipuzcoano



Los generales que manda-
ban las fuerzas, presen-
ciando el desfile

La huelga general

BAJO LA MONARQUÍA Y BAJO LA REPÚBLICA

¿Os acordáis de lo que era la huelga general bajo la monarquía? Hacemos la pregunta porque ahora Barcelona ha pasado por una huelga general, y el panorama de la ciudad, la táctica que han desarrollado ante ella las autoridades republicanas ha sido muy diferente al aspecto que presentaba la ciudad y a la actitud que adoptaban las autoridades en plena monarquía. Ahora, con motivo del pasado movimiento huelguístico, ha habido más serenidad, más ponderación; dentro de la anormalidad, hemos vivido en un régimen de más derecho.



Paro general, bajo la República. He aquí el aspecto que ofrecía el punto de mayor vitalidad de Barcelona: la confluencia de la calle de Pelayo con la Plaza de Cataluña. Ni un vehículo; escasísimos transeúntes. Pero, también, ni un guardia

calle, se atemorizaba, propagándose el pánico y acentuándose las tintas negras y angustiosas del cuadro.

La huelga general bajo la monarquía era la presencia de la policía durante las altas horas de la noche en los domicilios de los significados militantes de la Confederación Nacional del Trabajo para detenerlos después de haber practicado un minucioso registro, que, como siempre, no daba otro resultado que el llenar de zozobra a sus familiares, muchos de éstos de corta edad. Se perseguía, a pesar de las palabras de D. Antonio Maura (el pensamiento no delinque) a los hombres por sus ideas, sin parar mientes en que hubiesen tomado parte activa o no en la huelga. Yo recuerdo siempre que en una de las pasadas huelgas generales la Policía se presentó una madrugada en el domicilio de un escritor que en su juventud había sido anarquista, y al que iba a prender. Sus familiares, al abrir la puerta de su domicilio a la Policía y enterarse de los propósitos de ésta, dijeron que su deudo había unos dos años que ha-

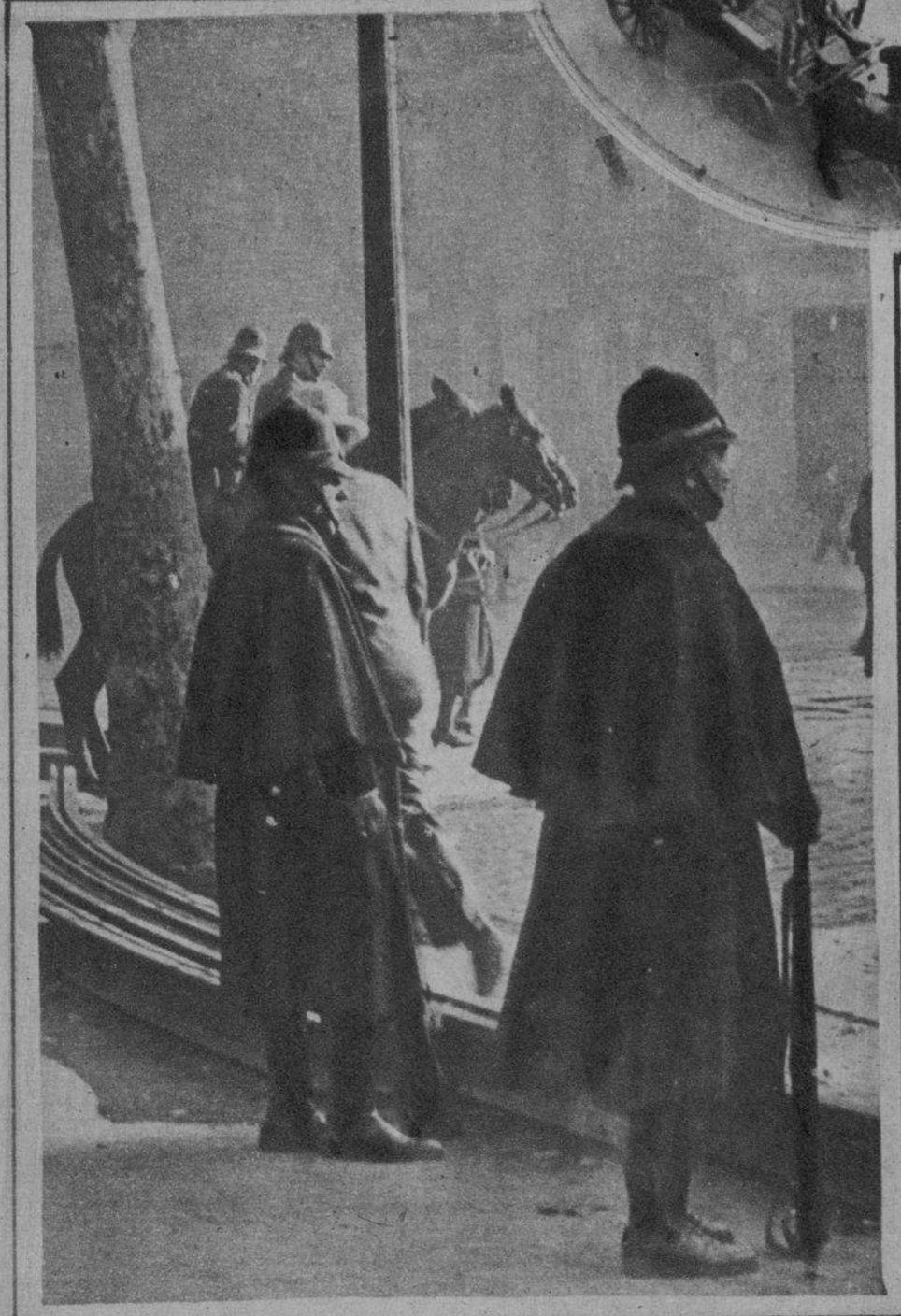
bía fallecido, y que si querían detener a su cadáver podían ir al Cementerio Nuevo.

La huelga general bajo la monarquía significaba la clausura de los Sindicatos obreros, la suspensión por luengos días de "Solidaridad Obrera".

La huelga general de Barcelona, bajo la República, ya hemos visto lo que ha sido.

La calle de Pelayo, en su confluencia con la Plaza de Cataluña, durante una huelga en los tiempos monárquicos: policías, soldados, guardias civiles...

La huelga general bajo la monarquía, significaba convertir las calles y las plazas barcelonesas en un campamento de fuerzas del Ejército, de la Guardia civil, del Cuerpo de Seguridad y de marinería. Las Ramblas eran enfiladas por las bocas de los cañones de Artillería, cuyas piezas se emplazaban en el corazón de la ciudad, la plaza de Cataluña. En las plazas de la Universidad, España y Urquinaona se reunían unos centenares de guardias civiles y de Seguridad, de a caballo y de a pie, con el sable desenvainado, prestos siempre a cargar sobre los grupos, aun cuando éstos no dijese ni pío. Se hacía lo que, en términos gacetilleros, se dice un verdadero lujo de fuerzas. Y la ciudad, ante tanto sable desenvainado, tanto guardia y tanto soldado y marino en la



El espectáculo agobiador de la excesiva fuerza pública, bajo la monarquía



Bajo la monarquía. La «Cruz Roja» debía actuar incansable, por las calles de la ciudad



Jefatura Superior de Policía. ¿Qué hizo Pestaña para ser detenido? Pues ser Angel Pestaña. Esto que durante la monarquía podía ser un abrumador cargo para él, bajo la República no lo es, como es lógico.

“Solidaridad Obrera” ha estado suspendida dos días. De haberse planteado la huelga general durante la monarquía, la suspensión habría sido de dos meses.

¿Qué quiere decir todo esto? Pues que la República no ha sido sólo la desaparición de D. Alfonso y toda la parentela del panorama español. Ha sido también el destronamiento de la táctica que seguían las autoridades durante el pasado régimen cuando se hallaban ante una huelga general. La realidad ha demostrado que la táctica iniciada en Barcelona por las autoridades republicanas, es más eficaz, y, sobre todo, más humana. En Barcelona, cuando en tiempos de la monarquía se declaraba la huelga general, ya se sabía que ésta duraría una semana. Ahora la huelga, afortunadamente, sólo ha durado tres días.

Juan CARRANZA

Los guardias de la monarquía, en los tiemposidos, ante la Jefatura Superior de Policía

Nada de fuerza espectacular por calles y plazas, que aumenta la alarma y hace cundir el desasosiego. Los guardias, con los sables envainados. Poca ostentación, ninguna. La intervención de la fuerza en los momentos necesarios, sólo en éstos, no al tun tun, como sucedía antes, originando menudeasen y corriese la sangre insensatamente. Nada de clausura de Sindicatos a rajatabla y detención en masa de militantes de la Confederación.

La detención, cuando el individuo fué sorprendido coaccionado u hostilizando a la fuerza pública. Estos días de huelga he visto pasear por las calles tranquilamente a Pestaña, Peiró, Clara, Alfara che. La gente los miraba con curiosidad. Pestaña se cruzó con un policía, quien, por lo visto aún no se ha enterado del cambio del régimen, de que lo que se hacía durante la monarquía no se puede hacer bajo la República, y lo detuvo, creyendo haber prestado un excelente servicio. Pestaña estuvo detenido el tiempo que tardó en llegar a la



Huelga general, bajo la República. Edificio de la Jefatura Superior de Policía. La borbonada hubiéralo rodeado de todo un ejército policial en pie de guerra (Fots. Merletti)

la actualidad republicana



Los diputados de Cataluña convocados para estudiar el Estatuto, reunidos, en torno del señor Maciá, antes de la sesión



Entrega de una bandera a la agrupación republicana del distrito de Bellas Vistas, en Madrid



Diputados de la Comisión de Responsabilidades, estudiando el proceso de Galán y García Hernández